

SEÑORES DE LAS ESTRELLAS

a. thorkent

CIENCIA FICCION

Señores de las estrellas

A. Thorkent

La Conquista del Espacio/332

ISBN 84·02·02525-0
Depósito legal: B. 40.154 - 1976
Impreso en España - *Printed in Spain*
l.ª edición: diciembre, 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Ed Maple observaba los trofeos de guerra, las reliquias de cien batallas. Algunos pudo identificarlos, pero la mayoría eran objetos desconocidos para él.

Aquel pequeño, pero apretado museo merecía un estudio más detenido. Además, de alguien que le fuera explicando los pormenores e historia de cada cosa.

Suspiró profundamente y regresó hasta el sillón. Miró la mesa repleta de alimentos y bebidas. El hombre que le había conducido hasta allí le dijo con desgana que se sirviese lo que quisiera; pero Ed se limitó a tomar una copa del dulzón vino del país.

De improviso, Ed se sintió cansado. Habían sido muchos días los que necesitó para llegar hasta allí. Las comunicaciones en aquel sector eran deficientes y se vio forzado a realizar muchas escalas. Las naves de transporte, escasas, resultaron lentas e incómodas.

Por fortuna tenía todos los papeles en regla. El pasaporte extendido por la Superioridad Terrana le abrió muchas puertas, pero otras tuvo que ayudarlas llenando de monedas las manos de los funcionarios.

Cuando arribó, después de dos meses de desesperante viaje, a Marnidot, todavía perdió dos días en llegar a la costa norte.

La Fortaleza Magnusson estaba situada en un lugar inhóspito, uno de los más deshabitados del planeta libre de Arankar.
El individuo al que alquiló el transportador le cobró una pequeña fortuna por el servicio. Apenas le hubo dejado delante de la Fortaleza, se marchó a toda velocidad.
Los guardianes debían estar informados de su llegada, pues apenas se identificó le hicieron pasar a los departamentos privados del Señor Espacial.
Allí llevaba aguardando cerca de una hora y empezaba a ponerse nervioso, perdida la paciencia.
De pronto penetró en la estancia un sirviente muy nervioso, cruzó delante de Maple y desapareció por la puerta del fondo. A continuación hizo lo mismo el chambelán y maestro de armas.
Ed iba a levantarse para preguntar al primero si aún debía aguardar mucho para ser recibido por el Señor Espacial cuando alguien penetró en la estancia sonoramente, pisando con fuerza sobre el suelo de mármol negro, produciendo un rosario de ruidos metálicos.
El cronista Ed Maple se encogió en el sillón; impresionado ante la visión. Se trataba de un hombre alto, corpulento. Vestía una armadura plata y negra, cargado de armas. Sostenía el casco de vacío bajo su brazo izquierdo. Pasó ante Maple sin desviar la mirada para verle. El chambelán apartó las cortinas y dejó pasar a su señor, seguido muy de cerca por el maestro de armas.
El chambelán resopló escandalosamente y se volvió hacia Maple.
—Le informamos de su llegada, señor, cuando estaba practicando en la zona de maniobras —explicó el chambelán, secándose el sudor de la frente con un fino pañuelo—. Se puso un poco furioso porque no le avisamos antes. Le recibirá en seguida.
Cuando Ed quedó solo tenía aún grabado en su pensamiento la imagen colosal del Señor Espacial por quien había hecho tan fatigoso y largo viaje.
Sacó una cajita del bolsillo y tragó un par de pastillas que le tranquilizarían.
Casi saltó del asiento al regresar el chambelán y decirle que el Señor accedía a recibirle.
Ed se alisó el traje y corrigió los pliegues de su corta capa. Quiso caminar con paso firme tras el chambelán.
Fue conducido a través de varios corredores hasta una habitación grande, climatizada y decorada con un gusto extraño, con motivos procedentes de varios y dispares planetas. Lo que más destacaba era una gran mesa de madera negra, brillante. Tras ella, el Señor Espacial, Eric Sushman, despojado de sus arreos de combate, le miraba fijamente mientras caminaba.
Eric le indicó un asiento con un ademán imperioso.

Luego hizo una indicación a uno de los servidores, quien apresuradamente acercó una bandeja con dos copas de multicolor cristal y una botella de barro cocido.
Ed tomó la copa y esperó que el Señor Espacial alzara la suya, diciendo:
—Brindemos por su llegada a Arankar, a la Fortaleza Magnusson.
El terrestre se llevó la copa a los labios y probó el vino. No recordó haber bebido otro igual. Eric no debía escatimar nada a sus huéspedes.
—Leo en sus ojos, señor Maple, que le agrada —sonrió Eric—. Este vino sólo puede conseguirse en planetas semisalvajes como Arankar. En la Tierra y mundos similares ustedes se contentan con sucios sucedáneos y brebajes extraños. Este vino procede de la misma tierra que cultivan hombres que la conocen y miman. Recolectan la uva, extraen el mosto y lo cuidan durante años hasta obtener esta maravilla.
—Tiene razón, señor Sushmann... Una botella con este vino valdría una pequeña fortuna en la Tierra.
—Alguna ventaja debemos tener los que vivimos en los planetas libres, ¿no? —su sonrisa se esfumó para endurecer la expresión—. Así, bebiendo, olvidamos otras cosas más desagradables.
Ed le miró atentamente. Pero Eric calló. Parecía pensativo. En silencio ordenó a sus sirvientes que les dejaran solos. Incluso el chambelán se retiró caminando sobre las puntas de sus pies.
—Ahora dígame qué es lo que quiere de mi concretamente —dijo Eric.
—¿No se lo explicaba en mis mensajes?
—Si, pero no lo entendí.
— Creí que estaba muy claro...
—Perfectamente. Sin embargo, sigo sin comprender su interés por conocernos.
—Le dije que soy escritor.
—Es cierto, ¿pero quién tiene interés en saber de nosotros?
Ed adivinó adónde Eric quería ir a parar.
—Se sorprendería saber cuántos millones de hombres y mujeres ignoran lo que sucede en los mundos libres.
—Precisamente por eso, señor Maple.
—Es que yo quiero que todo el mundo sepa lo que son los mundos libres, los señores del espacio, con sus pequeños ejércitos siempre dispuestos a luchar al lado de quién les pague…
—Vamos, no se esfuerce en querer evitar llamamos mercenarios.
—Sí, así se les llama en los círculos donde saben que existen.
Eric entornó los ojos. Empezó a juguetear con una daga de empuñadura de oro.
—Pronto se ha empezado a olvidamos en la Tierra, en todos esos

civilizados planetas por los que un día luchamos —sus palabras emanaban resentimiento.
—Dudo que usted luchara, señor. Hace ya muchos años de eso...
—Yo tenía apenas diez años cuando mi padre combatió por la Suprioridad, por todos los mundos que ahora nos quieren olvidar, ignorar que existimos porque sienten vergüenza de nosotros.
Ed movió la cabeza.
—También mi padre luchó por la Superioridad, señor. Por él sé muchas cosas acerca de ustedes, los mercenarios capitaneados por los señores espaciales. —Recalcó la palabra mercenario. Sin embargo no apreció ningún gesto de enfado en el serio rostro de Eric.
—Por la Superioridad, dice usted. Su padre, y no se ofenda, debió ser uno de los varios millones enrolados en la Tierra o sus mundos elegidos, pero que al finalizar el conflicto encontró un lugar plácido donde seguir viviendo. Fueron demasiados años de guerra, de muerte y destrucción... La Tierra estuvo en gran peligro y requirió la ayuda de todos los mundos humanos. Cuando concluyó el conflicto no supo agradecer convenientemente los servicios prestados. Fue desagradecida con aquellos que combatieron por ella.
—Es posible que tenga razón. Pero todas las guerras traen secuelas injustas.
—¿Es que usted pretende que ahora reconozcan los méritos de los que, sin haber estado entonces en peligro, corrieron a ayudar a la Superioridad Terrena? Si es eso lo que le ha traído aquí tengo que decirle que está loco, será mejor que vuelva a su hogar y olvide sus proyectos.
—Estoy decidido a seguir adelante. Por supuesto que no puedo asegurar nada, pero confío que mi trabajo haga meditar al menos a muchas personas. Tengo un nombre y mis obras son apreciadas. Lo que pienso escribir no será solo una novela, sino también una crónica del pasado, de la guerra contra los mits.
—La guerra con Mit está demasiado explotada —Eric torció el gesto desaprobadoramente—. Nadie le hará caso. Su editor perderá dinero.
—No. Además de la guerra contra Mit quiero relatar la vida que llevan actualmente los hombres que combatieron al lado de la Superioridad.
—No son muchos los que aún pueden seguir enrolados en las filas de mercenarios. La mayor parte de los veteranos son demasiado viejos o están inválidos, viviendo de las limosnas de sus compañeros en activo. Deberá visitar las ciudades de los mundos libres. Aquí en Arankar, incluso, existen barrios muy poblados con viejos combatientes. Visítelos. Se estremecerá al ver las condiciones en que viven esos desechos de héroes que un día se enfrentaron a los mits por defender la Tierra y su rosario de planetas adictos.
—Lo siento, señor Sushman; pero no estoy de acuerdo con usted

totalmente —dijo Ed ceñudo.
—¿No? ¿En qué no está de acuerdo?
—Es cierto que cuando la situación era delicada para la Superioridad, los planetas que ahora forman el grupo Libre no estaban en inminente peligro, que los mits aseguraron que sólo pretendían acortar la expansión terrestre. Pero no les garantizaron que ustedes seguirían viviendo tranquilamente en el futuro, una vez que hubieran vencido a la Tierra y sus aliados.
—Los mits nunca se habrían atrevido a atacamos. Estamos demasiado dispersos. Hubiera sido un error por su parte. Mi padre siempre me dijo que fue un impulso cargado de añoranza lo que llevó a los ejércitos libres a luchar codo a codo con la Superioridad. Se venció a los mits. Mejor dicho, se les aniquiló. Se nos pidió demasiado: acabar con tona una raza.
—Pero los mits...
—Sí, sé que me va a decir que tuvieron el fin que merecían. Es cierto. La Galaxia está mejor sin ellos. Pero se exterminó una raza. Fue el precio de la salvación de la Tierra.
—La Tierra intentó buscar una solución...
—No me haga reír, joven —Eric apretó los labios—. Fueron tantos años de lucha que olvidamos vivir de otra forma. Cuando conseguimos rechazar el ataque que estaba a punto de acabar con la Tierra nosotros, los hombres de los mundos libres, cargamos con el peso de la lucha. Fue una estrategia muy astuta de la Superioridad. Con la excusa de que sus ejércitos estaban demasiado maltrechos ellos nos pidieron que siguiéramos en el frente. Cuando nos dimos cuenta de lo tontos que fuimos, la guerra estaba acabando, después de una generación entera de lucha. Para entonces las estructuras del conflicto estaban tan complicadas que nosotros pusimos la carne de cañón y la Tierra, salvo escasos contingentes, únicamente las armas y naves para seguir luchando. Lo olvidamos todo excepto la forma de combatir.
»¿Qué podíamos hacer cuando todo acabó, cuando los mundos mits saltaron en pedazos unos y los demás enviados a otra dimensión? Regresamos a nuestros mundos que envejecieron durante aquellos años y se arruinaron, faltos de mano de obra. Entonces esperamos el pago de la Tierra por nuestros servicios, por tantos años de sufrimientos. Habíamos salvado la Humanidad y confiábamos, no ser recompensados, sino ayudados para rehacernos.
»Entonces empezaron a mirarnos con recelos. Nosotros teníamos fama de luchadores incansables, de gentes que sólo en la guerra se sentían contentos. Nos llamaron mercenarios, hombres ávidos de guerra. Temían que no pudiéramos adaptarnos a la paz. Tal vez incluso pensaron que podíamos volvernos contra ellos. Pero la

Superioridad aprovechó el tiempo en que nosotros la libramos de enviar sus hombres al frente. Construyeron armas superiores a las nuestras, modernizaron sus tropas. Lo hicieron porque nos temían.
»Entonces nos dijeron que debíamos seguir en nuestros mundos, dispuestos a emprender las luchas allá donde surgieran. Nos condenaron a seguir siendo mercenarios por toda la vida. Quisieron que nuestros hijos siguieran siendo mercenarios.
»Aquello afectó tanto a mi padre que lo condujo a la muerte. Lo que no pudieron hacer los mits en mil combates, lo lograron unas disposiciones llenas de injusticias.
»La Superioridad nos dejó desangrar mientras ellos se recuperaban. Al vemos desfallecidos sólo nos dijeron: "Sabéis guerrear, os gusta la guerra. Está bien. Os dejaremos seguir siendo guerreros. Ahí tenéis los mundos de los reyes, príncipes y barones. Ellos están siempre necesitados de soldados mercenarios, desde hace cientos de años. Viven aislados, ausentes de todo sino es para sus intrigas. Pagan bien. Con tan magnífica soldada podréis vivir mejor que trabajando en las fábricas, o labrando los campos. Os permitimos dedicaras a alquilar vuestros servicios. La Superioridad, magnánima, os concede patente de mercenarios. Seréis libres. Pero en vuestros mundos o en los de la realeza. Procurad no inmiscuiros en los asuntos de la Tierra y sus aliados porque entonces tendréis que enfrentaras a nosotros. Y recordad que aún disponemos del arma que trasladó a los planetas mits a una dimensión desconocida". Eso nos dijeron. Y para no morirnos de hambre empezamos a alquilar nuestras armas a los barones, duques, príncipes y reyes de esos mundos oscuros que la Superioridad aborrece y con los cuales ningún trato quiere tener.
»Es inteligente la Superioridad. Creo que nunca podrá ser vencida, al menos por gentes como nosotros, grupos independientes que a veces no vemos obligados a enfrentarnos los unos a los otros porque algún duque alquiló un ejército para enfrentarlo a otro grupo contratado por un reyezuelo que es su enemigo. Nos combatimos en esos planetas, señor Maple. Cumplimos con nuestro deber. Matamos a nuestros hermanos de raza porque tenemos que cumplir un contrato, pero en Arankar y otros planetas libres nos respetamos, somos amigos incluso olvidamos que días o semanas antes nos combatíamos con saña por defender nuestra miserable soldada.
—Tengo entendido que los contratos son elevados para la realeza, señor...
—No lo suficiente para compensar tener que matar a nuestros amigos, a los vecinos con los cuales charlamos una noche de invierno con buen vino entre nosotros. Pero estamos acostumbrados a ello. Es parte del juego al que la Tierra nos ha sometido.
Ed permaneció callado largo rato. Al cabo, Eric le inquirió:

—¿En qué piensa, cronista?
—En que ahora estoy más seguro que antes que tengo una labor que hacer entre ustedes.
—¿Cómo piensa documentarse? —preguntó Eric sonriendo burlón.
—Conviviendo con sus tropas, señor.
—No se lo recomiendo, joven.
—¿Por qué? .
—Dentro de poco, seguramente, partiremos hacia un mundo de la realeza, contratados por todo un rey. Un trabajo importante.
—Mejor. Quiero saber lo que es un trabajo admitido por un Señor Espacial.
Eric entornó los ojos.
—¿De veras? Para conocer profundamente nuestra vida tendrá que correr riesgos. No pretenderá escribir sin sentir la sensación del peligro, el sonido de los disparos y el chocar de las espadas eléctricas.
Ed se alzó orgulloso, en parte un poco ofendido.
—Cuando decidí hacer este viaje sabia el riesgo que iba a correr. Estoy dispuesto a todo.
— Está bien. Bien venido una vez, pero en esta ocasión al mismo infierno. Ojalá no se arrepienta.

CAPÍTULO II

Durante los siguientes días Eric mostró a Ed la Fortaleza Magnusson, que se llamaba así en memoria de su padre. El conjunto era un denso conglomerado de edificaciones, campos de entrenamientos, dormitorios, comedores, armerías, hangares para las naves, cuadras llenas de corpulentos caballos, acerías y talleres donde se reparaban desde complicadas naves, bastante modernas, hasta el filo de un simple puñal.
Pero Eric dijo que la mayor atención la prestaba a la unidad hospitalaria. Allí trabajaba un equipo de eficientes médicos. Afirmó que era la parte más importante de toda la fortaleza. Cuando se terminaba un trabajo siempre se volvía con un montón de heridos. Y Eric opinaba que sus hombres merecían lo mejor que pudiera darles para sanar. Los muertos sólo podían ser recordados.
Ed terminó impresionado ante el sistema de defensas que poseía la fortaleza. No era probable un ataque a ésta, pero en alguna ocasión sucedió. Algún Señor Espacial había roto el Pacto y trató de sorprender a su compañero atacándolo por sorpresa.
Eric dijo que esperaba a cierto importante enviado por la tarde. Le pidió a Ed que estuviese presente en la entrevista. Si se llegaba a un acuerdo firmaría el contrato y se pondría a las órdenes de su nuevo

superior en un plazo no superior a los diez días.
Mientras comían, esperando la hora de la cita, Eric explicó que los contratos tenían ciertas particularidades. Se solían confeccionar de dos clases. Una era que el Señor Espacial admitía realizar tal cual trabajo, por el que recibiría cierta cantidad si lo terminaba a satisfacción de su nuevo y temporal amo u otra menor si fracasaba, pero demostraba que lo había intentado honradamente. El otro tipo de contrato era por determinado tiempo y tanta paga por día, se combatiese o no. El precio dependía del número de fuerzas del que el Señor Espacial dispusiese y al cliente le interesase contratar. A veces ocurría que el noble tenia que prorrogar el contrato porque la amenaza que se cernía sobre él, en lugar de disminuir, había aumentado. Entonces el Señor Espacial se aprovechaba y abusaba de su situación, aumentando el número.
En cierta ocasión, seguía contando Eric, se dio el caso que un Señor Espacial no quiso prorrogar el contrato que expiraba y dejó abandonado a un conde cuando sus enemigos estaban entrando en el palacio. Entonces el que salía izó el pendón de paz y cruzó entre las líneas de los hasta entonces sus enemigos sin ser molestados por éstos, pues ya sabían lo que ocurría y a ninguno le pasaría por la mente agredir a unos mercenarios que se retiraban.
A veces contratar los servicios de los mercenarios no resultaba ser ningún negocio redondo. Algunos nobles habíanse arruinado a causa de ello. No podían negarse a pagar ni usar trucos para reducir las pagas porque entonces todos los mercenarios se volverían contra él. Los señores espaciales sabían que a veces tenían que unirse para defender sus intereses.
Al atardecer se presentó el visitante que Eric estaba esperando. Le recibió en la misma habitación grande y sobrecargada en que concedió audiencia a Ed Maple.
El terrestre estaba al lado de Eric cuando el personaje penetró en la estancia, caminando con arrogante paso y altanera cabeza. Vestía lujosas ropas, demasiado decorativas, pero muy en consonancia con las cortes de los mundos reales. Ed sabia que allí el lujo era ultrajante, a veces excesivo.
El recién llegado se presentó como el conde Malgor, primer ministro del reino de Valtur, un muy poderoso estado del planeta Altavar.
Eric asintió en silencio a las pomposas frases del conde, indicándole displicentemente una silla frente a la mesa. El conde tomó asiento y miró desconfiadamente a Ed. Demostraba sin ambages que la presencia del joven le molestaba. Eric leyó sus pensamientos y dijo cortante:
—Es mi secretario de confianza. Asistirá a la entrevista.
—No es muy usual esto...

—Aquí, en la Fortaleza Magnusson, es usual.
—Los Señores Espaciales discuten a solas los términos de un posible contrato con sus clientes —insistió el conde.
—Yo tengo otras costumbres — dijo fríamente Eric—. Si desea puede empezar. Si le desagradan las costumbres de la Fortaleza Magnusson, puede dar por terminada la entrevista.
El conde se envaró.
—Sólo estaba haciendo una observación.
—Está bien. Puede empezar de una vez.
Ed lo observaba todo muy serio, sin apenas moverse. Estaba un poco molesto presenciando aquello, que no parecía discurrir por los senderos de la cordialidad. En aquel momento dudó que aquellos hombres llegaran a ponerse de acuerdo.
—Mi señora, la princesa de Valtur, me ha enviado para llevar a buen término la firma del contrato, señor Sushman.
—¿Princesa? —Eric arrugó el ceño—. Antes deberá usted aclararme dos cosas, previas e indispensables para seguir con sus propuestas, conde.
—¿Qué quiere decir?
—Primero, que en Valtur reina desde hace veinte años Su Majestad Ielt II; segundo, que siempre he considerado Valtur como un reino muy poderoso, que nunca contrató mercenarios porque no los necesitó para mantener sus fronteras. Los demás estados de Altavar son demasiado débiles para preocuparle.
—Tiene parte de razón, señor. Pero al parecer no está al tanto de los acontecimientos más recientes acaecidos en Valtur —sonrió enigmáticamente el conde—. Por ejemplo, Su Majestad Ielt II murió hace dos meses. Su hija, la Princesa Namía asumió el poder por aclamación del Consejo Real, supriméndose la regencia obligada a causa del interregno. Tal medida de urgencia fue provocada por la situación peligrosa por la que Valtur atraviesa.
—¿Cuál es esa situación?
—Todos los estados de Altavar han roto relaciones con Valtur. Han cerrado sus fronteras.
— ¿Se ha producido ya algún ataque?
—No, pero tememos que ocurra en cualquier momento.
—¿Qué razones han impulsado a los estados vecinos a romper las relaciones con Valtur? Tenía entendido que, en lo que cabía, eran cordiales. Valtur era muy poderoso y tal poder le hacía granjearse amigos.
—Falsos amigos —corrigió el conde—. Apenas teníamos verdaderos amigos. Todos, en realidad, nos envidiaban.
—Aún no me ha dicho la causa del rompimiento de buenas relaciones.
—Es que no sabemos exactamente los motivos, señor.

—Es absurdo.
—Lógico que piense tal cosa. Pero solamente tenemos la argumentación de los estados. Ellos dicen que nosotros estamos violando las fronteras y atacando sus aldeas y guarniciones.
—Y naturalmente, ustedes rechazan tales acusaciones —comentó Eric socarronamente.
—¡Desde luego! ¿Nos cree tan estúpidos como para provocar incidentes en todos los estados a la vez? No somos tan locos. Valtur puede vencer a varios de los estados a la vez, pero difícilmente podría hacerlo contra todos al mismo tiempo. Nunca pudimos pensar que algún día todo Altavar llegaría a unirse contra nosotros. Eso no lo hubiera imaginado ni el más pesimista de nuestros militares o políticos.
Eric no respondió. Se limitó a asentir. Lo que decía el conde tenía ciertos visos de verdad, de lógica.
—¿Es que la muerte de Ielt tiene algo que ver con la tirante situación?
—Sí, Ielt desapareció. Nadie volvió a verle después que una mañana salió de caza con varios nobles y esclavos. A partir de entonces comenzaron las supuestas agresiones contra nuestros vecinos.
—¿Supuestas? ¿Quiere decir que ustedes piensan que no existen?
—Desde luego, señor. No puede haber tales agresiones por nuestra parte. Todo es una confabulación de nuestros enemigos. Alguien ha producido los ataques y nos echan las culpas. Alguien quiere que todo Altavar se alíe para combatirnos.
—Valtur es un reino muy poderoso. Su ejército es famoso en todos los mundos de la realeza —recordó Eric.
—Es verdad, pero poco podremos hacer contra todos los estados coaligados. Sabemos que se están preparando para la guerra, reuniendo sus ejércitos para empezar el ataque en cualquier momento.
—¿Cuándo puede ocurrir ese ataque?
El rostro del conde palideció un instante antes de decir:
—Es posible que antes de un mes.
Eric se rascó la barbilla pensativamente.
—¿Cuál es la oferta que me trae, conde?
—Queremos contratar todo su ejército, señor.
—Eso vale mucho dinero. ¿Tipo de contrato?
—Por un año. Forzoso, por seis meses, con indemnización de un mes más si lo denunciamos antes del medio año.
—De todas formas la cifra es tan alta que Valtur quedará arruinado.
— Podemos pagar. Sabemos las tarifas.
— Entonces doble el precio si conoce mis tarifas.
El conde estuvo a punto de saltar de su silla.
—¿Está loco? Nadie pediría tal precio.

—Ese es mi precio. Si no le interesa, lo deja.
— ¿Por qué exige tanto?
—Porque el asunto es complicado. Arriesgo mucho.
A tal riesgo, tal recompensa. Además, tendré muchos gastos. Trasladar todo mi ejército a Altavar en tan corto espacio de tiempo precisará que contrate naves auxiliares.
—De todas formas ningún señor espacial cobraría tanto...
— Entonces vaya a otro colega mío. ¿Por qué no se levanta y se larga a contratar a otro? —Eric sonreía ladinamente.
Abatiendo los hombros, el conde asintió.
—Está bien. Prepare la documentación. La firmaré cuando quiera.
Eric emitió una sonrisa torva. Llenó tres copas de vino y dijo al conde que tomase una. Brindó por el contrato y una vez vacías las copas llamó a un criado para que acompañase al conde a sus habitaciones, diciéndole antes que a la noche estarían listos los contratos para ser firmados.
Cuando se quedaron a solas, Ed no pudo aguantarse más tiempo y preguntó a Eric el motivo que le había impulsado a doblar el precio de sus servicios.
Mirando un punto indefinido de la estancia, saboreando una segunda copa de vino, Eric replicó como ausente: —Ese bicho de conde Malgor ha estado viendo estos días a varios señores espaciales. Ninguno quiso ir a Altavar contratado.
—¿Cómo lo supo? Ese conde no debe ser ningún tonto y debió llevar las otras entrevistas con el mayor de los secretos.
—Es cierto; pero conocía la costumbre de los señores espaciales de tratar con los clientes absolutamente a solas los términos.
Ed arrugó el ceño.
—Eso pudo saberlo el conde por otros intentos de reclutamiento sucedidos hace muchos años.
—No. Valtur nunca ha contratado mercenarios. Sus vecinos, sí. Valtur es un reino muy rico y poderoso. Mal le deben ir las cosas para llegar al extremo de pagar tan exorbitante precio por querer que yo marche a su país a defenderlo. Me parece que el conde no ha contado todo lo que debiera, y que por legalidad está obligado a explicarme.
—Debe insistir que lo haga.
—No lo haría por nada del mundo si no lo ha hecho ya. Pero habrá tiempo de averiguarlo.
Ed pensó que aún tenía mucho que aprender de las peculiares costumbres de los señores espaciales.
—De todas formas me parece que ha obrado un poco a la ligera.
—¿Por qué?
—Supuse que usted velaba por la suerte de sus hombres. Es cierto que su oficio es arriesgar la vida, pero usted nunca debería llevarlos a

un suicidio. Y me parece que piensa que la misión es demasiado arriesgada.
—¡Por supuesto! —bramó Eric—. De otra forma no hubiera accedido el conde a soltar un tesoro por nuestros servicios.
Ed quedose perplejo.
—Pero yo tengo grandes deseos de ir a Altavar —añadió Eric.
—¿Motivos personales? —movió la cabeza—. No puedo creerlo. Un mercenario nunca correría riesgos superiores a los que considerase dentro de ciertos límites lógicos por motivos personales.
—Pero cuando esos motivos son tan superiores, tienen tanta fuerza, cualquier decisión está llena de compensación. Ninguno de mis hombres me recriminará llevarlos al mismísimo infierno cuando les diga que iremos a Altavar.
—¿Qué hay en Altavar tan importante para la Fortaleza Magnusson?
Eric tiró la bella copa a un rincón. Ed parpadeó al escuchar el estrépito de los cristales. El Señor Espacial salía de la estancia a grandes zancadas. Al llegar a la puerta, sin volverse, dijo:
— Allí está parte de nuestra venganza, Ed Maple; la venganza de los mercenarios de todos los mundos libres.

CAPÍTULO III

Durante los siguientes días la actividad en la fortaleza fue febril. Técnicos, esclavos, navegantes, guerreros y armeros trabajaban sin descanso. El ejército mercenario del Señor Espacial Eric Sushman siempre estaba dispuesto para entrar en acción, pero eran inevitables unos días de preparación previos a la partida.
El conde Malgor estaba más impaciente a cada momento. No cesaba de instar a Eric para que todo se aligerase y partiesen cuanto antes. Decía que había recibido noticias procedentes de Valtur notificándole que la situación se estaba deteriorando por día.
Eric, furioso, le dijo tratando de conservar la calma: —No puedo permitir olvidar nada ni improvisar ninguna cosa, conde Malgor. Mientras nos esperan, el ejército real puede defender el reino. Además, repase el contrato y verá que puedo tomarme hasta tres semanas de preparativos. Y no olvide que ya estamos cobrando.
Se refería a que aún no había visto una sola moneda. Una de las cláusulas hablaba de un fuerte anticipo que tenía que hacerse al momento de la firma.
El conde se marchó lanzando imprecaciones. Volvió cinco horas más tarde, procedente de la ciudad más grande de Arankar. Su fuerte escolta estaba armada hasta los dientes. Malgor depositó a los pies varios cofres que al abrirlos desparramaron por el suelo miles de monedas de oro. Señalándolas, dijo:

—También existe un apartado por el cual puedo exigirle que se ponga en camino en la mitad de tiempo si doblo la cantidad del anticipo.
Y se marchó dejando a Eric contemplando el áureo tesoro. Ed Maple silbó admirativamente cuando entró en la habitación y vio aquello. Nunca en su vida había visto tanto dinero junto. Dinero metálico.
Eric cerró la tapa de uno de los cofres de un puntapié y llamó a su lugarteniente Etius.
Etius era un macizo guerrero, con la cara llena de cicatrices. El brazo izquierdo era totalmente artificial; pero él decía que le servía mejor que otro de carne y huesos. La metálica extremidad podía desarrollar una fuerza triple a la normal y alojar algunos dispositivos armados que Ed ya había visto funcionar en los entrenamientos. A pesar de su aspecto tenebroso, Etius era un tipo agradable, constantemente de buen humor.
—Partiremos mañana —le dijo Eric.
—¿Mañana? —Etius abrió la boca desmesuradamente por la sorpresa —. Eso será imposible, jefe...
—Pues tiene que ser posible. ¡Lárgate!
Etius se retiró alzándose de hombros.
—Ese maldito conde sabe leer la letra pequeña —rezongó Eric—. No es tan tonto como parecía. Pero podremos partir mañana. —Miró al terrestre a los ojos, como si quisiera introducirse en su cerebro—. ¿Está seguro que aún quiere venir con nosotros?
Ed asintió.
—No encontraría otra forma de conocer a los verdaderos mercenarios. No se preocupe, señor; no tendrá que arrepentirse de permitirme ir con ustedes. No les causaré la menor molestia.
Eric sonrió un poco.
—Bravo, chico. Aunque odie a los terrestres, no todos pueden ser unos perros. Si estás buscando emociones las tendrás de sobra. He recibido una comunicación del Consejo de Arankar.
—¿Qué es eso? Nunca había oído hablar de ese consejo.
—Lo formamos todos los señores espaciales. No estamos tan desunidos como parece a primera vista. Desde hace tiempo estamos tratando de no tener que volver a enfrentarnos entre nosotros. Yo comuniqué al Consejo la firma de mi contrato con Valtur para su corroboración. Están de acuerdo. Además, tal como sospechaba, el conde quiso contratar antes a otras tropas, pero sus jefes se negaron a ir a Altavar. Todos dijeron que no porque el conflicto de Altavar tiene indicios de degenerar en una lucha cruenta y larga. No se trata de una simple escaramuza entre nobles celosos, sino de los preludios de una verdadera guerra a nivel planetario.
— ¿Por qué aceptó usted?
— Eso mismo me preguntaron —rió Eric—. Mis colegas empezaron a

dudar de mi cordura. Entonces yo les expliqué los motivos que me habían impulsado a firmar el contrato y ellos empezaron a darse tirones de pelos.
Incluso algunos se han ofrecido a engrosar mis tropas secretamente, poniéndose a mis órdenes.
Ed estaba cada vez más confundido.
—Te lo explicaré. Ningún señor espacial sabía que el brazo derecho del rey Ielt II es un antiguo conocido nuestro. Ahora debe ser quien verdaderamente mande en Valtur, y no esa histérica y viciosa princesa que debe ser Namía. Yo me había enterado de la personalidad de ese favorito unos días antes de la llegada del conde Malgor. Por eso acepté, Ed Maple.
—¿Quién es y cómo se llama la eminencia gris de Valtur?
— Su nombre es Tarlot —los ojos de Eric se entrecerraron—. Todo señor espacial de Arankar daría su mano derecha por ponerle frente a su espada o pistola láser. Yo tendré ese privilegio.
Ed no supo qué decir. Dejó que Eric se marchase sin atreverse a exponerle algunas de sus dudas. Por ejemplo, nunca había sucedido que un mercenario se volviese contra algún noble que le hubiese contratado, y si, como había dicho Eric, quien verdaderamente debía estar gobernando en Valtur era el llamado Tarlot, éste había sido quien había ordenado al conde Malgor que contratase la mesnada de Eric Sushman. Se preguntó si Eric sería capaz de cumplir su amenaza, echando lodo sobre el prestigio de los mercenarios de los mundos libres.

* * *

Tarlot condujo su caballo hasta la cima del monte.
Estaba amaneciendo y el sol aún no había podido disipar la bruma que cubría los valles que tenía bajo sus pies.
La gruesa capa de piel dorada que cubría sus hombros le impidió estremecerse ante el frío. Se volvió lentamente, regresando al lado de las tropas que al pie de la ladera le esperaban. El grupo de oficiales le estaba esperando con expectación.
Tarlot dijo:
—Nada. Ninguna señal. He visto las patrullas que empiezan a regresar. Vienen todas a paso tranquilo de sus monturas, completas.
Uno de los generales, gimió:
—Es imposible, por los dioses. El enemigo no ha podido esfumarse en la noche. Tienen que haber huellas de su retirada por algún sitio.
—Todo ha sido rastreado. Incluso las patrullas aéreas han fracasado. Quienes fueron, debieron utilizar algún paso desconocido por nosotros que les debió llevar al otro lado de las fronteras.
— Debemos seguir penetrando — sugirió un coronel después de

maldecir.
Tarlot le miró con enfado.
—¿Y así cometer el error que nuestros vecinos están esperando de nosotros? No seas estúpido, coronel Lemer, regresemos al fuerte.
Los sargentos empezaron a gritar las órdenes y la columna se movió. Los mandos se pusieron a la cabeza y siguieron bajando por el terreno. A medida que avanzaba la mañana, siempre caminando hacia el este, las patrullas que al anochecer se adelantaron al grueso del ejército se fueron reintegrando. Llegaban cansadas y todas confirmaron las sospechas de Tarlot; ningún rastro.
Cuando llegaron a la vista del destruido fuerte, que aún humeaba, el coronel Lemer comentó:
—Debió ser horrible. Una verdadera matanza. Tarlot ordenó que la columna se detuviese y levantasen el campamento. Seguido de algunos de los hombres de su séquito, se aproximó más hasta las murallas del fuerte. Por la abierta y destrozada entrada, el espectáculo del patio de armas era desolador. Varias docenas de hombres que dejaron el día antes seguían recogiendo los cientos de muertos, trasladándolos a unas enormes fosas en las que ardían toneladas de petróleo. El humo era espeso y el olor de los cadáveres que ardían obligó a que todos se tapasen la cara con pañuelos. Los que hacían el fúnebre trabajo cubrían sus rostros con mascarillas.
—Ningún superviviente —comentó Lemer tosiendo—. Tampoco, el cuerpo de uno de las asaltantes. Esto no tiene lógica. Admito que fueran sorprendidos y pasados todos por las armas, incluso los que al final, viendo todo acabado, terminaron por rendirse. Es un exceso de crueldad que este planeta no recuerda. Pero no admito la ausencia de ningún cuerpo del enemigo, de los salvajes que asaltaron el fuerte.
—Tal vez sus compañeros se llevaron los que cayeron ante las armas de nuestros desdichados compañeros —opinó el general Yangor.
— Para eso hubieran necesitado carretas —dijo disgustado Lemer—. Y las carretas dejan huellas más profundas en el suelo húmedo de la noche. ¿Acaso hemos visto esas huellas? Ni siquiera las del enemigo al retirarse, como han confirmado las patrullas.
—Es posible que huyeran por el aire.
—Tampoco hay rastros de naves, de zonas quemadas por la ignición de los propulsores —dijo lentamente Lemer, con paciencia—. Únicamente se han encontrado profundas y numerosas huellas delante de la entrada principal del fuerte y en el interior. Sigo insistiendo en que los indicios son desconcertantes.
—Lemer tiene razón —asintió Tarlot—. Pero ahora tenemos que preocuparnos de lo que pueda suceder más adelante. Tenemos que alertar a todas las guarniciones fronterizas, aumentarlas incluso.
—Con eso dejaríamos debilitado el interior del país —dijo Lemer.

Tarlot le miró arrugando el ceño.
—Lo principal ahora es defender las fronteras del reino. Nuestros vecinos, después de querer engañarnos diciendo que somos nosotros los que estamos atacando sus factorías y fuertes cercanos a nuestro país, han pasado a la acción. El peligro vendrá de la frontera, no hay duda.
— Entonces esperemos un poco más. Dentro de unos días estará aquí el conde Malgor con los mercenarios del Señor Espacial Sushman.
Al escuchar aquellas palabras, Tarlot enrojeció.
Los generales y jefes se miraron entre sí, nerviosos ante la furia del comandante en jefe de los ejércitos valturianos. Todos esperaban la tempestad que había provocado Lemer con su sugerencia.
—La presencia de esos mercenarios en Valtur es una mancha para nuestro honor, caballeros. Ya he dicho a la princesa que actuó como una colegiala cuando encomendó al conde la misión de contratar las tropas mercenarias. Valtur dispone de suficiente poder militar para defenderse con sus propios hombres, sin necesidad de recurrir a los sucios mercenarios de Arankar. Ya he demostrado en varias ocasiones mi disgusto. Lamentablemente se me informó cuando el contrato fue firmado; pero ya buscaré la salida honrosa para hacer regresar esas tropas indeseables lo antes posible.
Lemer se mordió los labios. Conocía la opinión de Tarlot respecto a la inminente llegada de los mercenarios. Tarlot estalló en ira cuando se enteró de la contratación de los mercenarios, pero había esperado que con el transcurso de los días se había hecho a la idea de lo irremediable e incluso convenido que el refuerzo contratado podía ser útil.
—Los mercenarios llegarán, señor —dijo Lemer muy pálido—. El compromiso tiene que ser cumplido. Sería estúpido, una vez hecho el gasto, desaprovechar esos hombres. Por lo tanto, sugiero que planeemos cómo debemos conseguir la máxima eficacia con su presencia.
El general Yangor asintió.
—Lemer tiene razón. Tengo entendido que el conde Malgor los contrató por seis meses. Si no hay otra solución, debemos sacarle el mejor provecho. Para cuando lleguen deberíamos tener ya dispuesto cómo utilizarlos. Si el peligro mayor está en la frontera, enviémoslos allí.
Tarlot gruñó una maldición.
—Yo los enviaría al mismo infierno. Admito que ya no podemos negarles la entrada en Valtur, pero adoptaré las medidas oportunas para que su presencia no cause alteraciones en las ciudades y, mucho menos, en la capital. Ningún mercenario podrá entrar en

ningún núcleo urbano bajo pena de muerte. Acamparán en lugares que yo elija y les aseguro, caballeros, que no tendrán un momento de descanso. Maldecirán todos el día que su jefe, el llamado Eric Sushman, aceptó el trabajo.

Los demás le miraron conturbados. Era cierto que ningún miembro del estado mayor o de la nobleza veía con agrado la presencia de los mercenarios en Valtur, un reino que había sabido defenderse muy bien durante toda su historia sin necesidad de recurrir a ellos. Pero lo hecho no tenía solución y todos pensaban como Lemer, que puestos a tener que soportar la presencia costosa del ejército de Eric, lo más sensato era sacarle el mejor partido posible.

Tarlot ordenó regresar al campamento. El olor estaba haciéndose insoportable por momentos. Al día siguiente empezarían las obras de reparación. Riendo, Tarlot dijo que aquel fuerte podría alojar un buen contingente de mercenarios. Si el enemigo lo había tomado una vez y acabado con sus defensores cuando lo vieran de nuevo en actividad podría enfurecerse y atacarlo de nuevo.

Así, además de evitar vidas valturianas, aligerarían pronto la paga a los mercenarios, ya que su número disminuiría pronto. Tarlot dijo que era deber de todo buen valturiano defender los intereses del tesoro real.

CAPÍTULO IV

El conde Malgor no permitió ser anunciado a la princesa Namía. Dejando boquiabierto al Gran Introductor, penetró en las habitaciones privadas, proporcionando un ligero susto en la princesa, que departía en aquellos momentos con algunas de sus damas.

Al verle, Namía indicó a las mujeres que la dejaran a solas con el conde, quien se inclinó ante ella.

—Trae usted mucha prisa, conde. No le esperaba hasta dentro de unos días. ¿Por qué no se ha hecho anunciar previamente?

Malgor explicó a la princesa todo lo acontecido y el ardid que usó para precipitar la llegada a Valtur del Señor Espacial Eric Sushman.

—Hizo bien, muy bien. En estos momentos un poco más de dinero no tiene importancia. Ha sido muy astuto, conde. Le felicito. Esos hombres llegan justo a tiempo.

El conde enarcó una ceja interrogadoramente. Desde que su nave, junto con las de Eric se posó en el astropuerto, a doscientos kilómetros de la capital del reino, usó un veloz transporte aéreo. Nadie fue a recibirle, por lo que no tuvo oportunidad de preguntar por los últimos acontecimientos. La princesa se veía preocupada. Su bello rostro reflejaba profundas ojeras, producto de varias noches de insomnio.

—¿Es que ha sucedido algo grave? — preguntó conteniendo la respiración.

—Si. Lo primero fue qué tuve que soportar la ira del mariscal Tarlot. Al enterarse que te envié a Arankar en busca de ayuda montó en cólera. Me amenazó con dimitir y...

—Debió haber aprovechado la oportunidad, señora —dijo rápidamente el conde—. Ese hombre estaría mejor lejos del Estado Mayor.

—Es posible, pero rectificó en seguida, aunque siguió insistiendo en que debíamos librarnos de los mercenarios cuanto antes. Por suerte sólo se lo dije cuando me confirmaste que el contrato estaba firmado. En caso contrario hubiera tenido que ordenarte el regreso sin haberlo consumado.

—Pues las tropas están desembarcando en estos momentos. Tarlot tendrá que rendirse a la evidencia de los hechos. En esta ocasión hemos ganado nosotros la partida, princesa.

El rostro de Namía hizo un gesto dubitativo.

—No sé. Ojalá la presencia de esos hombres no nos traiga complicaciones en lugar de representar una ayuda.

—Dígame, señora, ¿qué ha sucedido además? Namía se sentó al lado de una ventana desde la cual se veía una gran extensión de la populosa ciudad de Burgtar, capital del reino. Mirándola, dijo al conde:

—Hace dos días nos llegaron noticias que el fuerte Yanit, del Oeste, había sido destruido. Tarlot marchó hacia allí con un ejército, pero cuando llegó todo había terminado. La guarnición completa estaba muerta. Ningún superviviente, ningún indicio que se hubieran llevado prisioneros.
—Eso no es posible —tartamudeó el conde—. Ningún ejército podría acercarse al fuerte de forma que no pudieran pedir ayuda. Existen enlaces constantes con todos los puntos defensivos del reino. El ataque hubiera tenido que ser demasiado fulminante.
—Pues algo parecido sucedió. Tarlot me envió en seguida los informes. La guarnición debió ser sorprendida. Hay indicios de que se defendieron, pero la lucha apenas debió durar una hora. El mariscal ha estado todo un día rastreando el terreno en busca del misterioso enemigo sin lograr nada positivo. Quienes destruyeron el fuerte se esfumaron. Incluso algunas naves se adentraron en los países vecinos, pese a arriesgarse a provocar más incidentes, tratando de localizar desde el aire la columna agresora en retirada. Nada. No existe ningún rastro.
El conde se pasó la mano por el rostro, como si quisiera despejar las preocupaciones.
—Eso es asombroso, señora. No tiene la menor lógica.
—Pero así es.
—¿Han denunciado nuestros vecinos más incidentes o violaciones de sus fronteras?
—Dos más, amigo mío. Y afirman que los ataques proceden de nuestro país.
—¿Es que no se han presentado las protestas por lo sucedido en nuestro fuerte?
Namía hizo un gesto resignado.
—Los hechos son tan fantásticos que no tenemos ninguna prueba. El enemigo que destruyó el fuerte no dejó el menor rastro de su identidad, ningún muerto que identificar de tal o cual país vecino. ¿A quién podemos protestar? ¿A quién exigir? Si empezamos ahora a quejarnos de sufrir ataques, aquellos que nos han acusado alegarían que tratamos de levantar una cortina de humo a sus protestas diciéndonos que nosotros hemos atacado antes sus fronteras.
Malgor asintió.
—¿Qué noticias se tienen de los países vecinos?
— Ambiguas. Nuestros informadores dicen que los reyes vecinos siguen reunidos. Parece que no se ponen de acuerdo, por suerte para nosotros. Pero sus ejércitos siguen preparándose para la guerra. Estamos rodeados de potenciales enemigos. Sí todos decidieran atacar a la vez desde los cuatro puntos cardinales...
—Pronto correrá la noticia de la llegada de los mercenarios.

Namía asintió con amargura.
—Sí. Esos hombres representan un arma de doble filo. Lo mismo pueden servir para intimidar a nuestros vecinos que para soliviantarlos más, haciéndoles pensar que los hemos traído para una futura invasión a su territorio.
—Aún podemos usar la diplomacia, señora.
—Estoy cansada de insistir a nuestros embajadores que convenzan a los reyes que nosotros no somos los causantes de las muertes de sus soldados y destrucción de aldeas. Pero no los creen. La presencia de los mercenarios puede provocar cualquier clase de reacción. Es una incógnita.
El conde suspiró. Parecía cansado. Namía lo descubrió y le dijo que podía retirarse a descansar.
—Lo haré luego, señora. ¿Cuándo veréis al Señor Espacial?
—Más adelante. Por el momento el ejército mercenario se concentrará en las inmediaciones del puerto espacial. Cuando Tarlot regrese, dispondrá de ellos.
—¿Tarlot? —dijo el conde torciendo el gesto—. Si ponemos a esos hombres bajo el mando directo de Tarlot los empleará malo los molestará tanto que... No sé qué puede pasar, señora.
—No tengo otra solución. Tarlot es el jefe de todos los ejércitos en ausencia de mi padre.
—Lo sé; pero desde la llegada a Valtur de ese individuo, hace diez años, las cosas van de mal en peor, princesa.
— Tienes razón. Tarlot se granjeó la amistad de mi padre demasiado pronto.
—El pueblo murmuraba que lo tenía hechizado. Namía rió, pero no muy convincentemente.
—Exageraciones. Mi padre siguió siendo el mismo, aunque, eso sí, hacia demasiado caso a todo cuanto sugería Tarlot. Pero tenemos que reconocer que Tarlot hizo buenas cosas también. Por ejemplo, reorganizó el ejército. Nunca fuimos tan poderosos.
— Sí, y eso precisamente fue el comienzo de los recelos de nuestros enemigos. ¿Qué sabemos de Tarlot? Muy poco, apenas nada.
—Sabemos que procedía de algún mundo de la Superioridad. Nadie puede poner en duda su inteligencia y capacidad de organización. La tropa le respeta.
—Pero no le quiere. Y muchos nobles se molestaron con el nombramiento de mariscal cuando apenas llevaba aquí dos años. Ahora es el hombre más poderoso del reino, señora. Aunque usted represente la legalidad, aún no es reina. Tiene que transcurrir algún tiempo antes que la ley le permita ser coronada.
—Sí. Aún está reciente la desaparición de mi padre.
—No puede ser coronada antes de seis meses, que es el tiempo que

dicta la ley para acceder al trono y su padre sea legalmente considerado muerto. A no ser que...
Namía alzó una mano para interrumpir al conde.
—Sé lo que vas a decirme. Puedo ser reina mañana mismo, si hoy elijo un esposo que me acompañe al trono.
—Existen muchos pretendientes...
—No me recuerdes que quien tiene más interés es Tarlot.
—No ha ocultado sus deseos, señora.
—Claro. El día antes de producirse el ataque al fuerte me pidió en matrimonio.
—¿Cuál fue vuestra respuesta?
—Le eludí como pude. Tampoco quise ofenderle.
—¿Acaso estáis considerando la propuesta?
—Aborrezco a ese hombre. Sería el último con quien me desposaría.
— Entonces os aconsejo que dilatéis el momento de dar una respuesta negativa. No conviene, dada la crisis existente, enfurecer a Tarlot.
—¿Le temes?
— Respeto su poder, señora. Vos, como Regente actual, tenéis que ser prudente. Si Tarlot insiste podéis decirle que aún confiáis en encontrar a vuestro padre.
—Al principio pensé que eran nuestros enemigos, de algún país vecino, los que le raptaron. Pero eso no puede ser. Con su muerte no obtienen nada. Y si lo querían como rehén ya tendrían que haber dado señales de vida sus raptores. La lógica conduce a pensar que sufrió algún accidente mientras cazaba.
— Pero el cuerpo no aparece...
— Mi padre cazaba en una zona donde existen miles de sitios donde un hombre puede caer y nunca ser encontrado. Su manía de alejarse de los servidores y acompañantes era exasperante. Siempre temí que algún día le sucediera algo.
El conde negó con la cabeza.
—Es difícil que un hombre pueda desaparecer como vuestro padre. Hemos rastreado el terreno en cada milímetro, señora.
Un ruido procedente de las calles atrajo la atención de nuevo de Namía hacia la ventana. El conde se acercó para mirar.
— Ese griterío anuncia el regreso de Tarlpt — dijo Namía.
—Sí, es probable.
Un minuto después, Malgor decía:
— Es Tarlot. Viene al frente de la expedición. La gente presencia el paso de las tropas con poco entusiasmo. Los rumores corren rápidos y ya todo el mundo sabe que el reino está en peligro. El pueblo está asustado.
Namía le miró preocupada. Sabía que el conde tenía razón.

* * *

Ed nunca había estado en un planeta que no fuera miembro de la Superioridad Terrena. Al encontrarse en Altavar, en el reino de Valtur concretamente, le hacía experimentar una extraña sensación, como si hubiera regresado al pasado lejano de la Tierra, después de la desaparición del Primer Imperio, al que sucedió el Orden Estelar y que más tarde se convirtió en la actual organización sociopolítica. Tuvo un fugaz recuerdo para aquellos tiempos heroicos en los cuales la Tierra, disminuida en su diminuto sistema, comenzó una vez más la formación de su otrora vasto imperio. El Orden Estelar no consiguió aglutinar a su alrededor todos los mundos que formaron el Primer Imperio. La Humanidad se había expandido demasiado. Aunque se recuperaron muchos mundos, de los llamados olvidados porque regresaron al salvajismo, cientos de ellos desecharon para siempre la propuesta de reintegrarse al seno paternal de la Tierra. Pero las ideas nobles y desinteresadas que formaron el Orden Estelar se depravaron con el paso del tiempo. Si al principio los planetas sólo se integraban por voluntad, en las postrimerías de la existencia del Orden el poder militar desplazó a los razonamientos. La dictadura militar se instauró y volvieron las luchas.

Con la caída del Orden Estelar, antiguamente admirado por toda la Galaxia y luego odiado, la Tierra volvió a recapacitar: surgió la Superioridad Terrena, en la cual todos los mundos, en realidad, formaban parte del consejo de decisiones. Pero la mayor parte de la Galaxia se encogió de hombros y no quiso saber nada de la vieja madre Tierra.

Entonces surgieron los mits.

Nunca antes la Tierra se había enfrentado a un peligro tan grande. Al decir la Tierra había que referirse a una buena porción de la Galaxia.

Los mits procedían de un lugar aún desconocido de la Galaxia. Irrumpieron violentamente en la zona de la Superioridad arrasando planetas y aniquilando poblaciones enteras. Únicamente argüían que la Superioridad, tarde o temprano, trataría de aplastarlos a ellos y querían adelantarse.

Pero la Superioridad venció al fin con la ayuda de los mundos libres, de los que surgieron los mercenarios.

Ahora Ed los veía descender disciplinadamente de las naves transporte propias de Eric a las que se habían añadido las alquiladas en Arankar. Los soldados, técnicos y sanitarios se comportaban como un verdadero ejército. En verdad eran más profesionales que los soldados reales de Valtur. Los mercenarios estaban constantemente combatiendo y lo hacían voluntariamente. Cualquier mercenario podía dejar de hacerlo apenas cumplido el contrato que firmó su jefe. Nadie

le retenía. Pero se aseguraba que quien había decidido ser mercenario en los mundos libres sólo la muerte o los años le apartarían de la profesión.
Ed pensó que Eric podía estar orgulloso de sus soldados. Se movían con presteza y seguridad, conociendo a la perfección cada movimiento que tenían que realizar.
Eric se acercó un momento al terrestre, diciendo:
—Tome nota de todo cuanto vea, joven. Fíjese hasta en los más mínimos detalles. Es posible que esté presenciando el nacimiento de una nueva raza que algún día puede apoderarse de la Galaxia. Recuerde que cuando Roma estuvo agotada, los incultos hombres del norte pudieron invadirla. Nadie les contuvo porque eran una raza joven y llena de impulso. Acabaron con un imperio decadente, pero terminaron salvando la civilización occidental a la larga.
»Es posible que algún día a la Tierra no le quede más capacidad de resurgir de sus cenizas como un pertinaz ave fénix. Hizo un imperio y lo perdió, luego se sacó de la manga un Orden que comenzó como una piadosa entidad redentora y terminó siendo una organización déspota. Ahora está gozando de la existencia de la Superioridad. Pero ¿por cuánto tiempo? —se encogió de hombros—. Tal vez no exista más oportunidad para la Tierra cuando este pequeño impulso que disfruta pierda energía. Otros mundos deben tomar su lugar privilegiado en la Galaxia. Los mits estuvieron a punto de conseguirlo, ¿por qué no los hombres que formamos los pueblos que realmente acabamos con la amenaza Mit?
—Es usted muy optimista respecto al futuro de los suyos, señor. Pero la historia ha demostrado que los mercenarios nunca han conseguido otra cosa que morir al final estúpidamente.
—Son duras sus palabras, pero pronto se convencerá que está equivocado. No me ofendo con lo que ha dicho. En realidad no puede desprenderse del polvo terreno que le cubre. Pero le repito que me parece un buen chico. Escriba ese libro, difunda entre los suyos cómo somos los hombres de los mundos libres. Quizás lleguen en la Tierra a temblar al imaginarse lo que podríamos hacer si consiguiéramos unirnos todos los Señores Espaciales de todos los mundos libres.
Ed sonrió y empezó a tomar notas. En su mente ya estaba formando cuerpo lo que podía ser el tema de su libro.
Etius llegó corriendo, muy colorado.
—Señor, ha llegado un emisario de su Alteza la Princesa Namía. Quiere que usted vaya a la capital a entrevistarse con ella.
— Está bien —asintió Eric—. Pensaba hacerlo tan pronto mis tropas llegaran a la ciudad.
—Es que...
—¿Qué sucede?

—El requerimiento es para que vaya usted solo. Todo lo más acompañado de un pequeño séquito que no puede exceder de seis hombres.
Eric enarcó una ceja.
—¿Qué significa esto? ¿Qué pasa con mis hombres?
—A unos kilómetros de aquí se está levantando un campamento para nosotros, señor. Así me lo han indicado los oficiales llegados de Burgtar para coordinar la ayuda que nos será prestada.
—Suponía que seríamos llevados a unos cuarteles en la ciudad.
—Al parecer, ha habido cambio de órdenes.
Eric dio unos pasos, mientras emitía una sarta de maldiciones en un dialecto que Ed no comprendió
—Está bien —dijo deteniéndose—. Dile a esos oficiales que estaré con ellos en unos minutos. Iré a ver a su princesa cojuela y le diré lo que pienso de su hospitalidad. Por el momento tú conducirás a los hombres a ese campamento, y me das un informe de sus condiciones tan pronto lo inspecciones. Ya veremos ante éste si esa Namía se va a ganar o no que le suelte cuatro verdades. Indudablemente esta gente nunca ha contratado mercenarios antes de ahora. De otra forma no se portarían como lo hacen, con tantas provocaciones.
Etius se marchó corriendo.
— Amigo mío, tú serás uno de esos seis hombres. Es probable que los demás se queden en las puertas de palacio, pero te juro que tú entrarás conmigo hasta la misma cámara real. Veré a la princesa, aunque esté en el mismo baño, empolvándose sus apestosos sobacos. Si soy capaz de soportar estas impertinencias es porque confío que veré a cierta persona antes de volver al campamento.
—¿A quién quiere ver, señor?
—¿Lo has olvidado, chico? Al tipo que por tenerlo delante y poderlo estrangular me llenarían una habitación de oro todos los señores espaciales, sin excepción. ¿Y sabes una cosa? Es muy posible que yo le sonría en este momento. No es conveniente asustar la presa antes de tiempo. Habrá otra ocasión más propicia para hacerla que en el mismo palacio real.

CAPÍTULO V

Una pequeña nave, en la que difícilmente cabían los seis hombres además del piloto, los condujo del astropuerto a Burgtar. Los doscientos kilómetros de distancia los cubrió en casi una hora, por lo que al final del viaje Eric empezó a maldecir por la demora.
El piloto se excusó diciendo que era el único medio rápido del que se disponía por el momento, ya que la mayor parte de las unidades voladoras de Valtur estaban al servicio del ejército desde hacía un

mes.
Como todos los mundos de la realeza, en Altavar combinaba extrañamente las armas modernas con las mas rudimentarias; el láser con la espada y la nave de guerra con el caballo, los científicos con los alquimistas y los cirujanos con los curanderos.
Eric preguntó al piloto por qué disponía Valtur de tan escasos medios de navegación atmosférica. Por su puesto, la flota del espacio en todo el planeta era prácticamente cero. Los mercaderes sindicados eran los encargados de mantener un escaso comercio con otros mundos.
—Dinero, señor. Una nave, como ésta incluso, cuesta mucho. Y lo peor es su mantenimiento. Las piezas de recambio las cobran los mercaderes a peso de oro, como todo lo que quieren vendernos de los mundos industrializados de la Superioridad.
En realidad la pregunta la había formulado para que Ed escuchase la respuesta. El terrestre añadió:
—El máximo problema es la adquisición de material moderno, Ed. Los mercaderes saben que aquí son muy apreciadas las armas modernas y las cobran más de diez veces lo que valen en cualquier otro sitio. Es una forma más de la colonización indirecta que la Superioridad ejerce sobre nosotros. Por eso no debe extrañarte que Se sigan utilizando espadas, lanzas y flechas.
La navecilla aterrizó, al anochecer, sobre una plataforma situada sobre la muralla que rodeaba la ciudad. Unos centinelas corrieron hacia ella portando antorchas de fuego frío.
El conde Malgor les estaba esperando. Eric no le reconoció en seguida porque no vestía sus costosas ropas, sino otras vulgares y se cubría con una capa parda. Parecía más un campesino que un noble.
—Les ruego que disculpen las molestias, señores —dijo Malgor—. Esta mañana regresó la expedición del mariscal Tarlot y las noticias que traían no eran tranquilizadoras. El pueblo está temeroso y nervioso. Para evitar incidentes hemos querido que ustedes entren en palacio de incógnito. Hay mucha gente congregada en la entrada, a la espera de más noticias. Si les vieran entrar y supieran que los mercenarios ya están aquí pensarían que las cosas están aún mucho peor. Por el momento el pueblo ignora que hemos alquilado sus servicios.
Eric respondió con un gruñido. Tanto él como Ed y los otros cuatro hombres aceptaron las capas de algodón que les entregaron los centinelas, ocultando con ellas sus brillantes armaduras y armas.
Malgor tosió y dijo:
—Tenemos que ir a pie. Aunque las calles están casi desiertas, para entrar en palacio tenemos que hacerla por una de las puertas de servicio, a la que llegaremos cruzando los viejos barrios. Es aconsejable que eludamos los sitios más concurridos y ser

descubiertos.
Ed fue a protestar, pero Eric le agarró del brazo, susurrándole al oído:
—Cuando vayas a algún lugar extraño debes seguir el consejo de quien parece ser tu amigo.
Bajaron de las murallas y se internaron en las calles estrechas de los barrios viejos. Amarillentas y desvaídas luces luchaban inútilmente contra la oscuridad cada ochenta o cien metros.
El conde iba primero, seguido de los mercenarios y cerrando la marcha dos soldados que sostenían sendas antorchas.
Eric caminaba mirando desconfiadamente cada puerta entreabierta y oscura, afinando el oído pendiente de cada ruido anómalo.
—El palacio ya está cerca, apenas a unos quinientos metros —dijo el conde sin levantar la voz.
Las pisadas del grupo resonaban secamente sobre los adoquines. Desde que bajaron de la muralla no se habían cruzado con una sola persona. La gente de aquella ciudad debía ser poco aficionada a trasnochar. No era demasiado tarde, apenas pasada la medianoche.
Súbitamente, un grito ronco, de dolor, procedente del final de la comitiva, hizo que Eric se volviese con la velocidad de un felino. Mientras lo hacía había tenido tiempo de extraer su espada con la mano derecha y empuñar con la izquierda el láser. Sus cuatro hombres también reaccionaron y se pusieron al lado de su jefe en guardia.
Habían dejado atrás una zona sin alumbrar, que al volverse a sumir en la más completa oscuridad al pasar los soldados portadores pareció convertirse en el foco de donde surgió el peligro.
El soldado que había gritado estaba cayendo al suelo, mientras de su espalda manaba un torrente de sangre. Un poco más atrás relucía una larga y ancha espada, empuñada por alguien que aún se mantenía en la sombra.
Rápidamente, Eric apretó el gatillo y del cañón de su láser surgió un delgadisimo trazo de luz de intensísima potencia. El agresor fue alcanzado de pleno, soltó la enorme cimitarra y se retiró aullando, desapareciendo en la oscuridad del callejón del que parecía haber salido.
Pero el grito del herido fue como la señal de ataque.
Del callejón irrumpieron en la zona débilmente alumbrada por algunos hachones colgados de las paredes un par de decenas de seres armados con las grandes cimitarras que agitaban al aire.
Ed se sintió paralizado en el suelo, sin ser capaz de reaccionar. A su lado, el conde tenía el suficiente valor para empuñar su espada, aunque sin decidirse a intervenir en la lucha.
Los mercenarios de Eric dispararon sus pistolas al mismo tiempo que su jefe hacía funcionar otra vez su láser.

Los seis primeros atacantes cayeron al suelo, cortados a pedazos por el cercenante poder de los delgados trazos de luz. Pero sus compañeros pasaron por encima de sus cuerpos, lanzados en un furioso ataque contra los mercenarios.
Ed tenía una pistola, que le entregó Eric antes de salir de Arankar. Sólo cuando vio que uno de los atacantes pasaba entre la fila de mercenarios y se dirigía hacia el conde, quien difícilmente pudo parar los primeros golpes del acero, recordó que la poseía. Trémulamente la amartilló y apretó el gatillo.
Su acción salvó la vida de Malgor. El atacante había conseguido desarmarle y ya estaba alzando su pesada espada cuando el disparo prolongado de Ed le alcanzó por la cintura. Al moverse hizo que el haz de luz le cortase por la mitad.
Ed miró apenas una fracción de segundo el mutilado cadáver. Sintió deseos de vomitar y ni sí quiera se dio cuenta que el conde le daba las gracias.
Eric había presenciado la actuación de Ed. Había temido por la vida del joven terrestre, pero estaba demasiado ocupado conteniendo el ataque furioso del enemigo. En aquella corta distancia era un suicidio utilizar la pistola, por lo que tenía que valerse solamente de su espada.
El Señor Espacial parecía formar un solo ser con el acero, como si fuera una prolongación de su brazo. De un tajo lanzó lejos a un enemigo y del siguiente hirió a dos más. Sus hombres también daban buena cuenta de sus adversarios, pero Eric soltó una imprecación cuando observó que uno de ellos caía con la cabeza casi desprendida del tronco.
Gritó a Ed algo, que el joven, en su aturdimiento, tardó en comprender que le hablaba en un viejo dialecto de la Tierra. Pero reaccionó e hizo lo que le ordenaba Eric.
El conde tuvo que impedir que uno de los asaltantes cortase la marcha del joven. De un certero mandoble le hirió en el costado y luego lo remató hundiéndole el cráneo.
Ed creía vivir una pesadilla. Alcanzó la puerta que le indicaba Eric. Estaba cerrada, pero de un disparo destrozó la cerradura. La casa, aunque habitada, parecía vacía. Sus dueños debían estar lejos o escondidos. Cruzó las habitaciones, buscando la escalera. Encontró una de madera que subía verticalmente hasta un hueco practicado en el techo. Ascendió por ella y vio en seguida la ventana que estaba buscando. La abrió y miró a la calle.
Efectivamente, desde allí podía dominar todo el escenario de la lucha. Sorprendentemente, por primera vez se percató del aspecto de los agresores. Sintió frío al distinguir sus formas infrahumanas. Pero Eric le había dicho que fuese hasta allí para ayudarles, no para mirar

solamente.
Ed apuntó cuidadosamente y disparó. El agresor elegido se derrumbó con el torso cortado y sangrante. Se sintió aún peor, pero convencido de que era su deber seguir ayudando a sus compañeros.
Mató a dos más. Tenía que apuntar cuidadosamente para no herir a ningún mercenario o valturiano. El láser seguía su trayectoria después de atravesar a uno de los agresores. Tenía que tener cuidado que detrás de uno de éstos no se encontrase un amigo.
Estaba buscando su tercer blanco cuando escuchó un leve ruido a su espalda. Se volvió y tembló al ver salir del hueco de la escalera la terrorífica presencia de uno de aquellos monstruosos seres.
Le había lanzado la cimitarra. Se agachó y mientras caía disparó el láser en abanico. Quien quiso sorprenderle soltó un estremecedor aullido, rodando por la escalera vertical. Sobre el piso dejó el brazo derecho y parte del hombro.
Ed vomitó, sintiendo gran debilidad en las piernas.
Cuando volvió a mirar por la ventana, la lucha había acabado. Había perdido la noción del tiempo. Se dirigió a la escalera, bajando por ella. Parpadeó al no encontrar los restos del enemigo.
Al salir a la calle, Eric, blandiendo aún su espada, le salió al encuentro, escuetamente, le dijo:
—Gracias. Lo has hecho muy bien.
Y le volvió la espalda. El Señor Espacial estaba dedicando una oración a los dos hombres muertos de su escolta y al soldado valturiano.
Entonces Ed comprendió lo que había notado de extraño en aquel lugar.
No había ningún cadáver de los agresores.
Y estaba seguro que al menos habían matado a más de doce.
Uno de los mercenarios se había despojado de su capa y envolvía algo, que se echó al hombro. Eríc le preguntó:
—¿Has llegado a tiempo?
El hombre asintió en silencio.
Entonces, dirigiéndose al conde, le dijo:
—Vayamos a palacio. Supongo que desde allí podrán enviar por los cuerpos de nuestros compañeros.
—Desde luego —respondió el conde muy pálido incluso a la tenue luz de las antorchas.
— Eric... — dijo quedamente Ed.
— No te he preguntado si estás bien. Vi como uno de esos monstruos entraba en la casa.
—No le di tiempo de atacarme. ¿Qué ha pasado con los muertos? ¿Quiénes eran?
Eric aspiró hondo, como queriendo recuperar el aire que momentos

antes había estado llegado con dificultad a sus pulmones.
—Será mejor que esperes un poco hasta que lleguemos a palacio.
Ed no se atrevió a insistir. Enfundó su arma y siguió a Eric, apresuradamente, deseando alejarse de aquel lugar cuanto antes.
El chambelán anunció la llegada de la Princesa Namía y el mariscal Tarlot.
Eric saltó de su asiento, plantándose en el centro de la estancia a la que había sido conducido por el conde en compañía de Ed Maple. Los otros dos mercenarios esperaban en el patio de armas.
El Señor Espacial estaba un poco más calmado. Cuando entró en el palacio por la puerta de servicio hervía en indignación. Pero los minutos que tuvo que esperar en aquella habitación le sirvieron para serenarse.
Observó la entrada de la princesa. Asintió levemente con aprobación. En contra de lo que había supuesto, Namía era joven, muy hermosa y carecía en su rostro de cualquier signo de depravación o lujuria. Pero Eric estaba acostumbrado a no dejarse guiar por las apariencias. Había conocido muchos bellos rostros femeninos que encubrían negras almas.
Mientras se inclinaba levemente ante la princesa, por el rabillo del ojo estudiaba al hombre que seguía a la mujer.
Ed, un poco apartado, presenciaba la escena con viva curiosidad. También él miró al mariscal Tarlot. Sabía por Eric que era un personaje importante. Se preguntó si aquél era el hombre tan odiado por los señores espaciales.
Tarlot estaba serio, como si todo aquello le desagradase. Saludó con frialdad a Eric y luego se colocó al lado de la princesa cuando ésta tomó asiento, indicando a sus huéspedes que hicieran lo mismo.
Eric tomó la enrollada capa que estaba en el suelo.
Agarrándola por una punta arrojó el contenido sobre el suelo.
La princesa soltó un grito y Tarlot retrocedió un paso. Ed miró lo que había ocultado la capa del mercenario. Era la cabeza de uno de los asaltantes. Al rodar por el suelo dejó un ligero rastro de sangre y de polvo rojo, el mismo que la cubría y le confería un aspecto mucho más terrorífico aún.
—¿Qué significa esta broma de mal gusto, señor Sushman? —le increpó Tarlot—. Le recuerdo que está en presencia de una dama.
—Yo sólo sé que estoy ante el jefe de este reino, que alquiló mis servicios por mediación del conde Malgor. Para mí no significa nada, al menos en estos momentos, que sea una mujer.
La princesa y el mariscal dirigieron sus miradas hacia el conde.
—Fuimos atacados mientras nos dirigíamos a palacio, señora.
—¿Está loco, conde? —preguntó despectivamente Tarlot—. ¿Insinúa que fueron atacados por eso? —señaló la cabeza.

—No es ninguna insinuación, sino la escueta verdad —dijo Eric.
—Están todos locos.
Eric miró furibundo a Tarlot.
—El hecho de ser mi teórico superior no le confiere el privilegio de insultarme, mariscal.
Tarlot palideció. Trató de sonreír, diciendo:
—Quiero decir que lo que nos muestra es...
—Dígalo de una vez. Eso es la cabeza de un mit, uno de los veintitantos míts que intentaron sorprendemos en una de las solitarias callejuelas de los barrios antiguos.
— Pero todo el mundo sabe que los mits fueron exterminados...
—Pues no lo parece. Nosotros tuvimos que matar a varios para sobrevivir —dijo Eric—. Por suerte pudimos conservar la cabeza de uno de ellos antes que desapareciera rociándola con el polvo rojo que uno de mis hombres llevaba de su cinto como una reliquia de los viejos tiempos.
—Sé perfectamente que los mits se desintegran cuando mueren —masculló Tarlot.
—Yo corroboro las palabras de Eric Sushman —dijo el conde—. Es posible que si no hubiéramos aportado esta prueba el mariscal estaría aún llamándonos embusteros.
—Les ruego que me disculpen si he podido ofenderles— dijo Tarlot con voz muy ronca—. Pero el hecho, lo comprenderán, es demasiado fantástico.
—Por supuesto. Todos sabemos que los mits fueron prácticamente aniquilados por la Superioridad al final de una guerra. Los pocos mundos que aún seguían intactos fueron enviados a otra dimensión por un arma recién descubierta. Pero su inventor y el arma desaparecieron poco después. Tal vez eso fue una suerte para la Galaxia. Era un arma demasiado poderosa.
Tarlot movió la cabeza.
—Es asombroso. Han pasado tantos años de la guerra contra Mit. ¿Quién hubiera pensado que algunos mits se habían refugiado en este planeta?
—Esa teoría es absurda, mariscal —dijo Eric.
—No comprendo...
— Los mits que nos atacaron no han podido permanecer tantos años en Altavar sin ser descubiertos antes. De alguna forma han llegado recientemente.
—No sé qué pensar.
—Escuchen, lo sucedido esta noche nos explica lo que pudo haber pasado en la fortaleza.
—¿Se refiere a la que asaltaron hace dos días? —inquirió Tarlot.
— Sí. He estudiado los informes. Únicamente han podido ser los mits

los causantes del desastre. Eso explica la ausencia de cadáveres asaltantes. Lo mismo ha debido ocurrir en los puestos fronterizos de los países vecinos. En ninguno de ellos se localizó después señales de los provocadores.
Eric recibió una mirada interesada de Namía, quien dijo:
—El señor Sushman habla con lógica, mariscal. Creo que hemos sido afortunados al traerle aquí. Resulta muy difícil conservar alguna parte del cadáver de un mit. Con esa prueba —señaló la cabeza— será fácil convencer a nuestros vecinos que nosotros no hemos sido los causantes del ataque a sus fronteras.
Tarlot se encogió de hombros.
—No estemos tan seguros. Nuestros vecinos pueden pensar que esa cabeza procede de los tiempos de las guerras contra los mits, que ahora nosotros queremos usar en nuestro provecho.
Eric sonrió.
—¿Ha olvidado que los restos mits sólo pueden conservarse con ese producto durante un año? Esos polvos embalsamadores de acción rápida pierden su propiedad en contacto con la estructura de los mits al cabo de poco más de un año. Por lo tanto, ese trofeo no puede ser un engaño. Dudo que los monarcas vecinos sean tan poco instruidos.
La princesa se limitó a sonreír ante la turbación de Tarlot.
— Es cierto —admitió éste—. Han pasado muchos años y había olvidado algunas cosas acerca de los mits. — Dibujó una sonrisa rápidamente, agregando —: En este caso hemos sido afortunados. Enviaremos una embajada especial a cada país vecino con la cabeza del mit. Les convenceremos que no tienen nada que temer de Valtur. El incidente nos proporcionará la paz de nuevo y nos ahorrará mucho dinero.
Eric enarcó una ceja. Empezaba a adivinar lo que iba a decir el mariscal a continuación.
—Tan pronto como recibamos garantías de nuestros vecinos de que no seremos agredidos, la presencia de ustedes en Valtur estará de más. Será una prueba de buena amistad que añadiremos para tranquilidad de las demás naciones. Al ver que los mercenarios se marchan nos creerán todavía más.
Eric no quiso hablar, pero lo hizo Namía y por ello se granjeó la simpatía del Señor Espacial.
La muchacha, alterada, exclamó:
—Creo que está demasiado agotado a consecuencia de la expedición que capitaneó, Tarlot. Su mente no discurre lógicamente.
— Mi señora...
— Por los dioses, Tarlot. ¿Es que no comprende que únicamente hemos evitado ser invadidos por nuestros vecinos? Pero el peligro real, por el que trajimos a Valtur a los mercenarios sigue existiendo.

Tarlot apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.
—La princesa ha comprendido, mariscal —dijo Eric—. Nosotros sólo hemos sido atacados por una veintena de mits, pero los que aniquilaron la guarnición del fuerte debieron ser algunos cientos... o miles. ¿Aún cree que el peligro ha pasado?
—Todo esto es demasiado confuso —dijo Tarlot envarado—. ¿Qué pruebas tenemos de que en Altavar aún quedan más mits? ¿Y cómo llegaron hasta aquí?
—Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar.
Me temo que no todo sea tan simple como desearíamos —dijo Eric—. Las consecuencias pueden ser graves. Antes que nada tenemos que convencer a los monarcas vecinos que todo Altavar debe unirse para conjurar la amenaza, olvidando viejas rencillas.
—Estoy de acuerdo —asintió Tarlot—. Dispondré de una columna armada que recorra uno a uno cada país llevando la prueba.
Eric negó con la cabeza.
—De ninguna manera. Ese trofeo es demasiado valioso para arriesgarnos a perderlo —mirando a la princesa, añadió—: Sugiero a la señora de este reino que me conceda permiso para ser yo con mis hombres quienes realicemos la misión. Por supuesto nos deberán acompañar altos dignatarios de la corte y diplomáticos.
Rápidamente, Namía, ante la sorpresa primero y luego ira de Tarlot, asintió.
—Permiso concedido. Los preparativos se harán rápidamente —dijo sonriente—. Me gustaría que mañana mismo se comience la marcha. Esta misma noche puedo enviar mensajeros anunciando la embajada extraordinaria.
Eric movió complacido la cabeza, mirando luego a Tarlot e intentando adivinar los pensamientos del mariscal.

CAPÍTULO VI

Eric envió de vuelta a sus hombres al campamento.
Les entregó un sobre cerrado que contenía las instrucciones que Etius debía seguir al pie de la letra al día siguiente.
El conde Malgor dispuso una fuerte escolta que debía conducir a los mercenarios hasta la pequeña pista de aterrizaje en la muralla. Lo avanzada de la noche había dejado desierta la plaza del palacio donde la multitud había estado esperando más noticias acerca de lo sucedido en el fuerte. La despejaron cuando unos oficiales les prometieron que al día siguiente serían ofrecidas las listas con las bajas sufridas.
Ed estuvo temiendo que Eric le ordenase regresar al campamento. Se sintió aliviado cuando le dijo que aquella noche compartiría con él la

habitación que le habían asignado.
El propio conde les condujo a los dormitorios. Antes de marcharse recordó que si deseaban algo sólo tenían que requerir la presencia de los criados. Eric pensó, ante la presencia del abundante servicio de comida y bebidas que allí había suficiente de todo.
La cabeza del mit fue colocada en un armario de pesadas puertas. Eric cerró con llave, guardándosela.
—Ese trofeo parece muy importante para usted, señor — comentó Ed, mientras se sentaba ante una mesa y empezaba a ordenar sus notas.
—Sin esa cabeza estaríamos perdidos, Ed. Tenemos que defenderla hasta la muerte si quisieran robárnosla o destruirla —replicó Eric despojándose de sus muchos arreos de guerra, pero conservando la pistola colgando de su cinturón.
—Solamente he visto mits en fotografías y reproducciones de plástico. No se pudo conservar ningún cuerpo entero. Sin embargo, esta noche he tenido oportunidad de observarlos. No son muy agradables que digamos.
—Mi padre los conocía bien. El sabía cómo actuaban, sus costumbres y debilidades. Sin embargo...
—¿Qué, señor?
—Los mits tenían una alta tecnología. Sus naves de guerra eran tan buenas como las terrestres y aliados. Eran duros de pelar en campo abierto. Nunca emplearon armas blancas. Los que nos atacaron usaban las cimitarras que sus oficiales portaban como una distinción. Ahora parece ser su única arma.
—¿Quiere decir que debieron emplear contra nosotros pistolas láser?
—Sí. Es posible que después de la derrota padecieran, privaciones ya que sus más industriosos mundos fueron destruidos.
—Pero los demás fueron enviados a una dimensión extraña, de la que nunca podrían volver, según se aseguró entonces.
—La guerra aún podía prolongarse muchos años más, Ed. Cada planeta mit que destruíamos nos costaba millones de muertos. Se defendían en su territorio con desesperación, defendiendo cada palmo de terreno. Entonces en la Tierra un científico aseguró que él podría acabar con el conflicto en un solo día. Construyó una pequeña máquina. Mi padre llevó a aquel científico en su propia nave hasta tres millones de años luz de los planetas mits que aún continuaban luchando. Cuando yo era aún un muchacho me contó que aquello fue asombroso. El científico no necesitó más de medio minuto para hacer desaparecer los planetas mits. Cuando mi padre le preguntó si los había destruido, el inventor le respondió que él no era un asesino. Había enviado a los mits, con sus planetas y soles a otra dimensión en algún extremo de la Galaxia. No podía concretar más la respuesta porque en realidad la desconocía totalmente.

»Muy impresionado por aquello, mi padre trasladó al científico hasta otra nave que le aguardaba. Era una unidad de la Superioridad que debía llevarle a la Tierra junto con su invento. A mi padre no le pasó desapercibido que quien fuera dueño de aquella invención podía dominar la Galaxia entera sin mover un dedo. Pero la nave terrestre sufrió un accidente y todos murieron, incluso el inventor. Tal vez fue lo mejor que pudo suceder, aunque en la Tierra pensaron que las cosas habían sucedido de muy distinta forma.
Ed había estado escuchando, pero sin dejar de trabajar en sus papeles. Los dejó a un lado y se volvió para mirar a Eric.
—Voy a contarte algo que muy pocos saben, muchacho —dijo el Señor Espacial muy serio—. Solo se salvó una persona de aquella nave que debía llevar al científico a la Tierra. Era un tipo llamado Norton Mash, un ambicioso oficial de la Superioridad. Norton acusó a mi padre de haber secuestrado al científico antes de destruir la nave. Dijo que todos los hombres combatientes de los mundos libres habían formado una coalición para apoderarse de invento e intimidar a la Tierra y sus aliados.
»Por tal motivo la Tierra nos temió. Y relegó al rango de mercenarios, aunque después se convenciera que nosotros nada tuvimos que ver con la destrucción de la nave. Pese a todo, mi padre fue encarcelado por varios años, hasta que se demostró su inocencia. Pero el proceso ya era irreversible. Los mundos libres no podían dejar de ser guaridas de mercenarios. La Tierra no quiso rectificar y reparar e daño. Se encogió de hombros, nos dio algunas recomendaciones y se olvidó de nosotros.
—¿Es el mariscal Tarlot ese Norton Mash?
Eric le dio la espalda, asomándose al balcón de piedra, alzando la mirada para observar las estrellas.
—Hace tiempo llegó el rumor que Norton Mash había sido expulsado del ejército de la Superioridad y buscado refugio en los planetas de la realeza. Durante años quisimos localizarle para hacerle pagar sus culpas, pero nuestras indagaciones nunca dieron resultado. Días antes de recibir la visita del conde me informaron que Norton estaba en Altavar, concretamente en Valtur, gozando de un alto cargo en la corte de Ielt II. Al parecer se había cambiado el nombre y el rostro.
»Es posible que sea Tarlot el hombre que buscamos, pero también puede ser otro. Confío en averiguarlo antes que tenga que marcharme.
—¿No existe ningún dato personal que Norton no haya podido cambiarse o modificar?
—No. Pero sospecho de Tarlot. Estoy seguro que es él. Cuando Norton acusó a mi padre y los demás hombres libres era aún muy joven. Ahora tendría la edad que representa Tarlot. Pero no tengo

ninguna prueba para acusarle —se encogió de hombros—. Y aunque la tuviera no podría conseguir nada sí no fuera por la fuerza.
»Ahora debes dejar tus apuntes y dormir un poco.
Mañana nos levantaremos con el sol y la jornada será agotadora.»
—Usted también debe descansar.
—Oh, yo tengo bastante con dos horas de sueño al día. Daré un paseo y volveré en seguida. No dudes en usar tu pistola sí ves que alguien intenta entrar sin llamar.
Salió al balcón, viendo que junto a la pared había una estrecha escalera de piedra que descendía hasta una amplia terraza ajardinada. Al mirar hacia abajo descubrió una figura que paseaba entre los diminutos arbustos. La luz de las estrellas no ayudaba mucho a identificarla. Las antorchas colgadas de la pared quedaban muy distantes para iluminar a la persona. Sólo pudo averiguar que se trataba de una mujer.
Lentamente descendió hasta el jardín. La mujer estaba de espalda. Vestía una sencilla túnica verde y su caballera negra descendía hasta cerca de la cintura.
Cuando Eric estaba cerca de ella, la mujer se volvió.
No se sorprendió al descubrir que se trataba de la princesa Namía. Ella no estaba asustada ante su presencia, incluso le sonrió al verle.
— ¿No le parece que es muy tarde para pasear? —preguntó después de hacer una leve inclinación.
— Buenas noches, señor Sushman. Los acontecimientos del día no me dejaban dormir.
—¿Sólo eso?
—¿Qué pretende insinuar?
—Que pueden ser muchos y diferentes los motivos que impidan a una mujer hermosa conciliar el sueño.
Namía le miró irónica.
—Tiene razón. Sabía que me vería si se asomaba al balcón y bajaría. Quería hablar con usted a solas.
—¿Es que no se fía de nadie?
—No. Ni siquiera del conde Malgor. Desde que desapareció mi padre todos me resultan sospechosos.
—¿Qué piensa?
—Mi padre fue raptado. Creo que está vivo, encerrado en algún sitio.
—¿Qué beneficio puede obtener del secuestro quien lo haya realizado? ¿Un rescate?
—No. Ya lo habría pedido. Sin mi padre, el reino no está seguro, pierde su poder. La gente adora a mi padre. Ahora está nerviosa. Las pocas veces que una mujer ha subido al trono de Valtur lo ha hecho después de desposarse con un noble de probado valor e inteligencia, querido por el pueblo.

—¿Ha elegido usted ya a su esposo?
—¿Qué sabe de eso? — preguntó Namía amargamente.
Eric se encogió de hombros.
—Nada. ¿Es que nadie ha solicitado su mano?
—Varios lo han insinuado; pero hasta ahora, oficialmente, sólo lo ha hecho el mariscal Tarlot.
— Debí figurármelo. ¿Cómo pudo Tarlot escalar tan alto puesto en poco tiempo, y además siendo extranjero?
— A Altavar llegan muchos extranjeros procedentes de otros mundos de la realeza. Muchos se convierten en buenos ciudadanos. Tarlot hizo méritos para conseguir la ciudadanía valturiana, luchó bien en algunas escaramuzas y sus conocimientos bélicos le hicieron ascender vertiginosamente. Se granjeó la confianza de mi padre y él le nombró comandante del Estado Mayor. Ahora aspira a mi amor y a ser rey.
—En efecto se trata de una rápida carrera para un rufián como él.
—¿Qué sabe de Tarlot?
—En realidad no se llama así, sino Norton Mash. En Altavar no puedo acusarle, pero todos los Señores Espaciales darían sus fortunas por matarle.
—¿Qué hizo?
—Nos traicionó. Mintió y la Superioridad nos condenó a ser mercenarios por el resto de nuestras vidas.
—¿Está seguro que es él?
—Sí. Aunque se ha cambiado el rostro, Tarlot es Norton Mash. Si yo no estuviera obligado por un contrato, le mataría. Pero, paradójicamente, él es mi jefe.
—Y rey de Valtur— suspiró Namía.
—Solamente si usted lo consiente...
—No lo vea tan fácil. El Consejo Real está intranquilo. Valtur nunca ha estado sometido a un interregno tan prolongado. Dentro de unos días se cumplirá el plazo establecido por la ley y mi padre será considerado legalmente muerto si antes no aparece vivo. Entonces tendré que elegir un esposo. Y Tarlot tiene suficiente poder sobre el Consejo Real para imponerse como único candidato.
—Opóngase al Consejo.
—Sería ir contra las leyes de Valtur. El reino correría el riesgo de desmembrarse.
—¿Entonces está dispuesta a sacrificarse? —Eric parecía enfadado. No se hacía a la idea de ver aquella bella mujer entre los brazos de Tarlot.
—Si antes no sucede algo que legalmente me impida rechazar a Tarlot, sí. Debe comprenderlo, Eric. Tarlot es en estos momentos el único hombre con méritos suficientes para casarse conmigo. Pero...

— Siga —dijo Eric acercándose a la mujer, embriagándose con su perfume. Alzó levemente la cabeza y vio que la luz de su habitación se apagaba. El escritor terrestre había decidido hacerle caso y dormir.
—No quiero que Tarlot sea el primer hombre que me haga el amor.
Eric no pudo evitar un estremecimiento. Muy despacio tomó a Namia por los hombros. Mirándola a los ojos, la preguntó:
—Es una venganza muy dolorosa para un hombre, incluso para un tipo como Tarlot, ¿no le parece?
Ella rió nerviosa.
—No creo que a Tarlot le importe eso mucho, pero no quiero darle esa satisfacción... Eric... Yo...
—¿Había pensado en mí?
— Sí. Y después de lo que me ha dicho respecto a Tarlot estoy más decidida que nunca.
—¿Acaso suponía que el contrato que firmé me obliga a todo?
Ella movió la cabeza negativamente. Le tomó de la mano y le condujo hasta el interior de sus habitaciones en penumbra.
—No he pensado en el contrato, en nada. Olvide que está aquí porque su oficio es guerrear, matar.
Eric la atrajo y buscó aquellos labios entreabiertos y ansiosos en la oscuridad de la habitación.

* * *

Eric se volvió. Miró el cuerpo agitarse levemente sobre el lecho. Sabía que Namía había despertado. Desde la puerta que daba al jardín, dijo suavemente:
—Antes creía que sólo merecía la pena conservar la cabeza del mit en este palacio, Namía. Me equivoqué.
Después de una pausa, agregó:
—No quiero separarme de ti. Deseo que vengas conmigo. Dejarte en este palacio, amenazada por las intrigas de Tarlot, sería algo demasiado doloroso para mí.
Luego, preguntó:
—¿Puedes hacerlo?
Ella se alzó, Eric la vio avanzar hacia él y la recibió con los brazos abiertos, estrechándola con fuerza. Cuando Namía se apartó de él, tomándole las manos, dijo vibrante:
—Diré que viéndome, los monarcas vecinos darán más crédito a sus palabras, Eric; no se opondrán.
Eric iba a repetir que ella era lo más preciado para él. Entonces un recuerdo acudió atormentador a su mente. Terminó de ceñirse el cinto con la pistola y salió corriendo al jardín colgante. Miró angustiado hacia el balcón donde suponía que Ed Maple dormía plácidamente.
Ascendió por la escalera de piedra a saltos, mientras desenfundaba el

arma. Acompañando aquella súbita premonición, su fino oído había captado un ruido anormal entre el producido por los arbustos del jardín al cimbrearse ante el viento.
La habitación seguía estando oscura. Apenas un trozo quedaba débilmente iluminado por la luz de las estrellas. Pero dentro se movía alguien, intentando hacer el menor ruido posible. Quien allí había entrado había tomado el camino de la escalera de piedra. Se preguntó si quien le había asignado aquella habitación no lo había hecho pensando que era de fácil acceso desde las terrazas.
Conteniendo la respiración, Eric prestó atención. Volvió a escuchar el rumor de pasos, caminando hacia el fondo de la estancia, cercano a la pared del fondo. Cerca estaba la cama donde Ed dormía.
Eric sabía que si aparecía en el vano del balcón sería descubierto en seguida, convirtiéndose en un blanco terriblemente fácil. Sin embargo, el intruso estaría pronto junto a la cama. Ed corría peligro.
Aspiró profundamente y se preparó para saltar. No podía perder más tiempo divagando. Un cuchillo afilado podía caer en el siguiente segundo sobre el dormido cuerpo de Ed.
Al tiempo que iniciaba el salto en la estancia se produjo un vivísimo trazo. Eric cambió su trayectoria, tirándose al suelo. Entonces se encendió la lámpara y no sin un tanto asombrado, se percató de lo que allí había sucedido.
Lo primero que vio fue a Ed, sentado sobre la cama, sostenía el láser que él le había entregado. Parecía muy asustado y miraba con ojos desmesuradamente abiertos el cuerpo sobre el que acababa de disparar. Luego giró la cabeza para mirar a Eric, apuntándole al mismo tiempo.
—Soy yo, Ed —dijo Eric queriendo aparentar tranquilidad. El joven podía estar aún nervioso y apretar el gatillo de nuevo.
Ed estaba muy pálido. Dejó que la pistola bajara y terminó de incorporarse de la cama. Quedamente, explicó:
—Escuché un ruido y miré hacia el balcón. La figura que vi entrar pensé que era usted que volvía. Pero cuando se dirigió hacia la alacena donde encerró la cabeza del mit estuve seguro que se trataba de alguien que intentaba apoderarse de ella. Entonces, disparé.
—Lo hiciste justo a tiempo, amigo —dijo Eric yendo hasta donde el mutilado cadáver yacía. Al caer había tirado la mesa con los alimentos y las botellas y platos habían producido un gran estrépito—. Si hubieras tardado más o tenido un profundo sueño, tal vez en estos momentos yo tendría en el pecho un corte que me habría partido en dos.
— No es un mit —susurró Ed acercándose junto a Eric que se había agachado para ver mejor al intruso.
—¿Creías que todos nuestros enemigos son mits? — preguntó

amargamente.
En aquel momento golpearon en la puerta y Eric hizo una señal a Ed para que la abriese.
Varios criados, al frente de los cuales estaba el conde Malgor, entraron en la habitación. Todos se detuvieron a la vista del cuerpo.
—¿Qué ha pasado? —interrogó el conde—. Me avisaron que escucharon ruidos y decidí venir a saber qué ha sucedido...
— Tal como temía, existen muchas personas interesadas en que la prueba de la existencia de mits en Altavar desaparezca —dijo Eric.
El conde soltó una exclamación de asombro.
—Es uno de los guardias del palacio. No puede ser...
—Pues lo es, Malgor. ¿Había pensado que los mits habían conseguido entrar en la ciudad por ellos mismos y apostarse en aquel callejón porque adivinaron que nosotros íbamos a pasar por allí? No sea ingenuo, conde.
—Tengo que informar de esto al mariscal Tarlot —dijo roncamente.
Retirándose del conde, Eric murmuró en voz baja, oyéndole solamente Ed:
—Hágalo. Seguro que Tarlot maldecirá cuando sepa que uno de sus hombres ha fracasado.

CAPÍTULO VII

Al segundo día de marcha llegaron a la línea fronteriza con Zetullia, la cruzaron y siguieron adelante.
La columna de mercenarios avanzó a partir de entonces con cautela. Eríc envió patrullas de seis hombres en descubierta. Aunque confiaba que los zetullianos habían sido advertidos de su presencia, su recelo seguía aumentando a medida que se internaban en la nación donde los monarcas estaban reunidos trazando planes contra Valtur.
Eric había conducido a sus hombres en distintos planetas a la guerra o simples escaramuzas. En cada conflicto los medios de combate eran distintos. Igualmente tenían que utilizar modernas naves de combate que los recios, pero seguros caballos. En Altavar la ciencia guerrera se había estancado en un extraño estadio en el que combinaban las armas de fuego y láser con las espadas y flechas. Pero predominaba lo último, en un terreno de lujuriante vegetación, propicio a la emboscada y las guerrillas. Allí era más eficaz un arco y flechas que un láser, siempre localizable por un estallido seco y vívido rastro luminoso.
Disponer de un láser era un lujo en cualquier planeta libre o de la realeza. La energía para hacerlo funcionar era costosa y los mercaderes remisos en su venta, obedeciendo las órdenes emanadas de la Superioridad de no suministrar demasiadas armas a los

mercenarios.
Y en un combate cuerpo a cuerpo era un suicidio su uso. Había que recurrir a la espada de fuerte acero, inagotable mientras su dueño tuviese sangre y coraje para blandirla.
Etius habia cumplido las instrucciones de Eric al pie de la letra. Al día siguiente consiguió transportar a poca distancia de las murallas de Burgtar las tropas que su jefe le había pedido, al tiempo que terminaba de ejecutar los otros pormenores.
Al día siguiente de la agitada noche de amor y traiciones, Eric partió del palacio. Namía iba con él, acompañada de una escolta de soldados seleccionados por ella misma, todos antiguos servidores de su padre y de probada fidelidad.
Cuando Tarlot tuvo noticias de los propósitos de la princesa montó en cólera y envió despachos a los miembros del Consejo Real. Por todos los medios intentó que Namía desistiese de sus propósitos de acompañar al mercenario y entrevistarse personalmente con los monarcas vecinos.
Los pocos consejeros que pudieron ser reunidos por Tarlot, después de una breve consulta, dijeron que no podían hacer nada. Según las leyes de Valtur, Namía era la regente. Hasta que no se cumpliese el plan establecido para declarar muerto a Ielt, ella no tenía ninguna obligación de someterse a la ley sucesoria.
Eric asistió visiblemente complacido al estallido de furia de Tarlot, quien intentó desesperadamente convencer a Namía para que no hiciese aquel viaje que él suponía muy peligroso para su seguridad.
Namía, cansada de aquellas demoras que estaban retrasando la partida, termino diciendo:
—Cuando en mi palacio son los guardianes los que atentan contra mis huéspedes, la seguridad que tu deber es darme no me parece muy eficaz, mariscal.
—Pero con quienes irás son mercenarios, soldados a sueldo que ponen sus armas a quienes le pagan sin preguntar si la causa por la que luchan es noble... — dijo Tarlot crispando los puños.
— Puedo asegurar te que con ellos estaré segura. Además, me acompañan tropas de mi confianza, Tarlot — Namía recalcó las últimas palabras.
— Yo tendría que ir también...
— No. Tú cuidarás de mi reino. El resto de los mercenarios, un tercio de los que llegaron, acamparán cerca de la ciudad. Deberás recurrir a ellos si hay peligro. Así lo he hecho saber también al Consejo. No me importa que el pueblo se entere que están aquí. A lo mejor la gente se siente más tranquila cuando sepa que está protegida por los mercenarios además del ejército real.
Tiró de las bridas de su montura y dio la espalda al mariscal, quien

quedose humillado en el centro del patio de armas, viendo cruzar el portalón de salida a los jinetes.
Cuando Tarlot se volvió, los consejeros, nerviosos, trataron de detenerle, aplacarle con sus palabras. El mariscal los maldijo e hizo una señal a varios de sus oficiales que retirados esperaban. Entre ellos, el general Yangor era el más afectado de todos. Se unió a su superior y ambos entraron cuchicheando en el palacio.
Eric recordaba aquello porque se había vuelto. Tarlot y Yangor parecían estar muy unidos. Se preguntó cuántos traidores había en la corte de Valtur.
—Todos temen a Tarlot. Al mariscal se le respeta y obedece o se le odia y también acatan sus órdenes —dijo Namía cuando Eric le habló del tema como si no tuviera mucha importancia.
Durante dos días cruzaron por pequeñas ciudades y aldeas. Los comandantes de las guarniciones se habían acercado a la columna para informar a la princesa. Ninguno miró con simpatía la presencia de los mercenarios. A Namía le complació que no se hubiera producido ningún nuevo ataque.
Cuando Eric la preguntó por qué había elegido al coronel Lemer para mandar la sección de valturianos, Namía respondió:
—Su padre fue comandante del Estado Mayor y siempre gozó de la confianza del rey. Murió hace tres años y en seguida le sucedió Tarlot en el cargo. Desde entonces Lemer no demuestra muchas simpatías por el mariscal. Sé que puedo confiar en él.
Eric estudió a Lemer sin levantar las sospechas de éste y estuvo de acuerdo con Namía. El coronel se desvivía por la princesa, estando siempre atento que la protección de la que él era responsable no mostrara ninguna fisura en ningún momento.
—Espero que Etius haya elegido a buenos hombres para enviar los mensajes a los monarcas reunidos en Zetullia anunciándoles nuestra próxima llegada —comentó Eric, mirando preocupado el paisaje de espesa vegetación por el que avanzaban. Desde que habían entrado en aquel reino no habían visto a ningún nativo.
—Los monarcas de Altavar son respetuosos con las treguas. Aunque no hayan recibido los mensajes nunca nos atacarían sin preguntarnos qué deseamos.
—¿Ni pese a ir seguidos de un numeroso ejército? —preguntó Eric irónico.
—No. Mi pendón va delante y sabrían en seguida que yo viajo en la columna.
Al atardecer, reanudada la marcha después de un pequeño alto para comer, regresó una de las patrullas. El suboficial, entrecortadamente, dijo a Eric:
—Hemos hallado un pequeño poblado totalmente arrasado, señor.

Todos los hombres, mujeres y niños están muertos. Sus cuerpos no estaban fríos del todo. Ha debido ocurrir no hace mucho.
—¿Rastros de los atacantes? —preguntó Eric adivinando cuál iba a ser la respuesta.
—Ninguno, señor, aunque existía en aquella aldea una pequeña guarnición, es extraño que los guerreros no hayan podido dar muerte a ningún atacante. También es extraño que no hayan saqueado las casas en busca de dinero u objetos de valor.
Eric emitió una triste sonrisa.
—Los mits no roban riquezas humanas —dijo. Luego, mirando a la princesa y Lemer, agregó—: Esto complica las cosas. Aún tardaremos un día en llegar a la ciudad donde se supone que están reunidos los monarcas. Estoy seguro que ese ataque a la aldea es un intento más de nuestros enemigos de levantar a los zetullianos en nuestra contra e impedir la entrevista.
Namía, pálida, asintió.
—Debemos enviar mensajeros, señor —opinó Lemer. Eric negó con la cabeza.
—Sería inútil. Tenemos que seguir adelante. Tal vez la noticia de la destrucción de la aldea no vaya delante nuestro.
Cuando una hora más tarde llegaron a las llanuras, Eric supo que se había equivocado. Las noticias iban por delante de ellos.
A menos de un kilómetro, esparcidos en una amplia línea ante el horizonte, un numeroso ejército parecía esperarles.
Eric ordenó que la columna se detuviese, sugiriendo a Lemer que impartiese instrucciones para un posible combate, pero haciendo saber a los soldados que maniobrasen con cautela para no delatar al ejército que les obstruía el avance que estaban preparándose para luchar.
—No permitiré que luchemos contra los que deseo que sean nuestros aliados — protestó Namía.
—Eso sería lo último que yo quisiera que ocurriera —masculló Eric—; pero no podemos permitir ser sorprendidos. Iremos a parlamentar.
El propio Lemer ató una tela blanca a la punta de una lanza y espoleó su caballo hacia las filas desplegadas frente a ellos. Eric le observó galopar, empequeñecerse su figura. Del otro ejército se destacaron varios jinetes que fueron al encuentro de Lemer. A mitad del camino se encontraron.
Durante un largo rato Lemer debió conversar con los enviados de los monarcas. Al cabo, volvió grupas y galopó velozmente.
Lemer tenía el rostro crispado, desbordándole la furia. Entrecortadamente, dijo:
— La situación es peligrosa. Nos triplican en número y estaban esperándonos desde ayer. Nos acusan de haber arrasado varias

aldeas en las últimas veinticuatro horas.
—Es imposible que se hayan enterado de la destrucción de la aldea que hemos dejado atrás —dijo Eric frunciendo el ceño—. No ha habido tiempo para que les alertaran y organizar todo ese enorme ejército.
—¿No he dicho que han sido varias las aldeas y puestos fronterizos los asaltados? Sabían que nos dirigíamos hacia aquí desde antes que cruzáramos la frontera — exclamó Lemer.
—¿Qué pretenden? —preguntó Namía mirando las agitadas líneas de los monarcas aliados.
—No me han creído cuando les he dicho que venimos en son de paz, a demostrarles que Valtur no es el causante de los ataques. Tampoco creen que seamos capaces de mostrarles una prueba convincente de nuestras buenas intenciones.
—¿Le ha dicho de qué clase de prueba se trata?
—No, desde luego. Es que…
—¿Qué más hay, coronel?
—Sólo nos dan veinte minutos para, rendimos. Dicen que otro ejército similar está tomando posición a nuestras espaldas. No habrá piedad si intentamos resistimos,
—¿Es que serán capaces de ofenderme no queriendo ver mi pendón? —dijo furiosa Namía.
—Saben que la princesa viene con nosotros y eso les hace pensar que la invasión a Zetullia es un hecho. Están furiosos.
Namía había informado a Eric de quiénes eran los monarcas aliados y qué clase de personas. El Señor Espacial preguntó a Lemer quién parecía ser el jefe supremo.
— El rey Tahló de Zetullia. El lugarteniente, y quien parece demostrar mas deseos de atacar es el rey Denat de Solatia.
—¿Quién es ese Denat, Namía? No me habías hablado de él.
—Es el monarca de un pequeño y mísero reino, muy lejos de aquí —dijo ella pensativa—. No me explico cómo se ha aliado a los demás monarcas. Según mis noticias su reino de ladrones no ha sufrido ningún ataque.
Eric miró a los jinetes que situados entre los dos ejércitos parecían esperar la contestación. Lemer empezó a impacientarse, diciendo que el plazo concedido se estaba acabando.
—Iremos los tres —sonrió Eric, llamando a Ed. El joven galopó para entregarle dos objetos que había sacado de uno de los carros de avituallamiento fuertemente escoltado.
—¿Quiere decir la princesa también? — preguntó asustado Lemer.
— Si ella quiere... Pero yo aconsejaría que viniera con usted y conmigo, coronel.
— Tengo que oponerme...

— Yo estoy convencida que debo ir, coronel— intervino Namía.
Eric dio órdenes a sus oficiales, regresó y dijo al todavía enfurecido Lemer y a la confiada Namía:
— Vamos. Los caballeros nos esperan.
Se dirigieron al galope hasta el grupo. Cuando se aproximaron hicieron que los caballos siguieran avanzando lentamente. Eric quería estudiar a los cinco personajes que les aguardaban.
Namía le susurró:
—Solatia perdió unos territorios hace muchos años, pero no fue una conquista, sino una compra. Mi padre necesitaba unos puertos para comerciar con el norte y los adquirió a buen precio porque Denat estaba abrumado por las deudas. Desde entonces Denat aborrece a Valtur. Puede confiar en la caballerosidad del rey Tahló. Siempre se consideró honrado con la amistad de mi padre. Estoy segura que todo lo que sucede le desagrada.
Eric se fijó en el monarca que estaba en el centro del grupo, arrogante en su ligera armadura, de edad cercana a la ancianidad, pero aún conservando en sus ojos el ímpetu y entusiasmo de la juventud. A su derecha, un torvo caballero, de armadura gris y plata, delgado y de piel pálida, susurraba algo al oído de Tahló. El anciano asentía de vez en cuando, mientras miraba fijamente a los tres jinetes que se aproximaban lentamente.
Cuando estuvieron cerca los dos grupos, el rey Tahló inclinó su cabeza ante Namía, diciendo:
—Te saludo, princesa, y lamento hacerla en estos momentos tristes. Ruego a los dioses que hayas decidido rendir tu pendón y arrojar las armas de tus hombres. Sabemos que traes mercenarios y que éstos sólo se rendirán si su jefe, el Señor Espacial Eric Sushman, se lo ordena. Pero consideraremos como su misión tuya y merecedora de los privilegios que como hija de mi gran amigo lelt me exiges.
—No he venido a rendir mi pendón, rey Tahló —dijo orgullosa Namía —. Y me sorprende que me recibas con las armas cuando previamente he enviado mensajeros anunciándote mi llegada y los motivos que me han traído hasta tu país, siempre hospitalario para Valtur.
—Te lo advertí, Tahló —rugió el rey Denat después de emitir una imprecación—. No conseguiremos otra cosa que perder el tiempo. Tenemos que atacar antes que el sol siga su camino, ya que esos perros valturianos y sus asquerosos mercenarios no pretenden rendirse.
Tahló le hizo callar con un ademán.
—Un momento. La .princesa dice que envió mensajeros. Namía nunca mentiría tan pobremente. Nosotros no hemos recibido a ningún mensajero tuyo, princesa.

— Entonces alguien se molestó en que no llegasen a sus destinos. Esos mensajeros te iban a decir que me esperases con todos los demás monarcas que estuvieran reunidos contigo porque teníamos que mostraras la prueba que demuestra que Valtur nada tuvo que ver con los ataques que sufrieron vuestras naciones —dijo Namía.
Denat rió insolentemente.
—No la escuches, rey Tahló. Es una argucia de mujer asustada porque ha visto que sus planes para cogernos desprevenidos han fallado. Sabe que podemos vencerla y quiere engañarnos para poder regresar a su país.
—¿Si yo corroboro las palabras de la princesa también me llamaría a mí embustero, rey Denat? —dijo ásperamente Eric.
—¿Cómo un vulgar mercenario se atreve a hablarme? —espetó Denat —. ¿No es suficiente prueba de las arteras intenciones de Valtur que su princesa regente haya alquilado un ejército de facinerosos?
Namía se mordió los labios. De soslayo estaba viendo como Eric enrojecía de ira.
—Mi padre desapareció y yo no he sospechado que ningún monarca vecino haya sido el autor del secuestro. Estoy segura que Ielt II aún vive, en poder de mis enemigos, que son los mismos que desde las sombras intentan que nosotros nos enfrentemos los unos a los otros —y miró despreciativamente a Denat, que palideció al captar la intención de las palabras.
—Eso es cierto. Yo sentí mucho la pérdida de mi buen amigo Ielt. Y rogué a los dioses porque apareciera sano y salvo. Pero nadie pensó en un secuestro. El accidente es la única explicación.
—Eso fue una jugada más de quien intenta debilitarnos, rey Tahló —dijo Eric. Tomó uno de los bultos que colgaban detrás de su silla, sacándolo muy despacio—. Por eso hemos traído la prueba que debe convencerte de que vuestras acusaciones son infundadas...
Eric separó cuanto pudo de su cuerpo el brazo que sostenía el bulto, que no era otra cosa que un saco de piel.
El rey Denat gritó y sacó su lujosa pistola. Disparó y Eric sintió el fuego cortante del láser arder muy cerca. Nunca había visto un láser tener graduado el haz de luz con tanta potencia.
Miró parpadeante lo que había sido un saco de piel.
Apenas su mano derecha sostenía unos centímetros de chamuscada piel. El resto se había volatizado. Aquel disparo debió costarle a Denat una carga entera, una costosa carga desperdiciada en un solo apretón de gatillo. Pero por la sonrisa de Denat; aquel derroche había merecido la pena.
— Lo siento —dijo mientras seguía sonriendo.
A su lado, rojo de ira y vergüenza, Tahló exclamó: —Rey Denat, nunca estuve de acuerdo en que tú fueses el lugarteniente de las

tropas aliadas. Este hecho inexcusable afirma mi creencia que eres un loco impulsivo. Has estado a punto de romper una tregua, en la cual había empeñado mi palabra.
—He dicho que lo siento —Denat guardó su arma encogiéndose de hombros—. Pensé que el jefe mercenario intentaba una traicionera maniobra cuando empezó a sacar ese bulto de su silla. ¿Quién puede confiar que un mercenario respete una tregua de reyes?
Eric dejó caer al pasto el resto de lo que fue una bolsa. Namía la miró compungida, y Lemer movía la cabeza con desesperación. Sin embargo, en el hasta entonces serio rostro de Eric empezó a dibujarse por primera vez una sonrisa de satisfacción.
Ante el asombro de Namía y Lemer ante su divertida expresión, Eric dijo tranquilamente:
—Denat sabía lo que estaba haciendo, rey Tahló. Denat alzó la cabeza.
—¿Es que ese rufián nunca va a callarse? Estamos perdiendo el tiempo...
—Déjale que hable. Hablaba de una prueba...
—La prueba es lo que intentaba hacer desaparecer el rey Denat. Nadie de ustedes sabía cómo era la prueba, excepto él. Por eso cuando yo saqué el bulto el rey Denat disparó, pensando que con ello destruía la prueba. Venía preparado, con su láser abierto al máximo para que el disparo no se limitara a cortar o agujerear lo que él sabía que contenía el saco. Tenía que destruirlo totalmente.
— Hizo una pausa y de nuevo se volvió para tomar otra cosa que pendía de la parte trasera de su silla.
Por eso ahora puedo mostrar la prueba sin temor a que el rey Denat intente destruirla. Su arma está descargada ahora.
Eríc introdujo la mano en el segundo saco de piel y la sacó agarrando por un extremo una bolsa de plástico.
Dentro de ella, una fiera cabeza, cubierta de polvos rojos, parecía mirar dantescamente burlona a los cinco reyes.
—¡Por los dioses! — gritó Tahló —. Es un mit.
—Así es. Usted debió oír hablar de ellos cuando aún estaba en la mitad de su vida, rey Tahló —asintió Eríc alzando el macabro trofeo para que los demás lo vieran bien—. Dudo que los otros monarcas hayan visto alguna vez un mit.
Muy turbado, Tahló dijo:
—Incluso vi un espécimen conservado apenas terminó la guerra de la Superioridad contra Mit. Fue en un mundo limítrofe con los planetas de la realeza. Lo exhibían en una feria. Fue justo a tiempo, porque me aseguraron que apenas podrían conservarlo un par de semanas más.
El polvo embalsamador no podía seguir impidiendo que aquel monstruoso cuerpo terminase desintegrándose.

—Me congratula que sus conocimientos, rey Tahló, sean tan amplios que le hagan comprender, y convencer luego a sus compañeros, que esta cabeza sólo tiene tres días, que no procede de las viejas guerras de la Superioridad contra Mit.
Tahló se volvió hacia los otros tres reyes, ignorando a Denat. Les explicó:
—Es cierto. El mercenario tiene razón.
—¿Qué importancia tiene esa horrible cabeza? — gritó Denat —. ¿Cómo pueden demostrar con ella que no fueron los valturianos los causantes de las agresiones a nuestros países?
—Valtur también sufrió un ataque. Uno de sus fuertes fronterizos fue arrasado; ningún superviviente. Tampoco se halló el cuerpo de algún atacante. ¿Por qué? La respuesta está en la cabeza mit. Ellos, cuando mueren se desintegran. Esta que muestro es la de uno de los mits que me atacaron en la misma capital del reino de Valtur, en Burgtar. Uno de mis hombres llevaba, por suerte, una bolsita con los polvos rojos. Yo lo sabía porque me lo dijo. Los compró como recuerdo a un mercader de la Tierra. Pude actuar a tiempo y espolvorear uno de los mits. Apenas conseguí salvar la cabeza. El resto del cuerpo desapareció ante nuestros ojos, como los de los demás.
— También a nosotros nos extrañó mucho no encontrar rastros de los atacantes a nuestras posiciones — admitió uno de los reyes —. La explicación del Señor Espacial está llena de lógica. ¿Por qué no empezar desistiendo del ataque? Creo que llegaremos a entendernos.
—Estáis locos —aulló Denat—. Aún hay otros reyes. No estarán de acuerdo con vosotros. Rey Tahló, eres un anciano cretino que te dejas embaucar por estos intrigantes...
—¡Silencio! —gritó Tahló rojo de ira—. Tú deberás explicar a los reyes de la alianza cómo sabías que el mercenario Sushman traía algo en ese saco que tanta prisa te diste en destruir.
Eric sonrió. Aquella acusación pensaba hacerla cuando llegara el momento oportuno. El que Tahló se le anticipase la hacía mucho más consistente y peligrosa para Denat.
Denat hizo una mueca, palideció y tiró de las bridas El caballo protestó por el trato, volvió grupas y su jinete lo condujo hacia las líneas aliadas.
—Creo que debemos celebrar ahora esa reunión que solicitaste, princesa —dijo Tahló resoplando—. Denat fue el principal alentador para que os atacáramos. De no haberme resistido yo... Me temo que en estos momentos todos estaríamos inmersos en una situación en la que la sangre nos ahogaría.
—Ordena detener a Denat —sugirió Eric observando como el rey en retirada cabalgaba delante de las filas de guerreros, buscando su reducido grupo de soldados.

—No puedo. Hasta que el consejo de reyes no decida contra él, una vez que le acusemos, es un miembro de la alianza —negó Tahló mordiéndose los labios.
Eric resopló.
—Entonces es posible que hayamos perdido un tiempo precioso.
Namía le miró. Le hubiera gustado preguntar al Señor Espacial lo que estaba pensando.

CAPÍTULO VIII

El oficial entró en la tienda y las conversaciones de los que allí estaban reunidos alrededor de la gran mesa cesaron. El recién llegado se cuadró delante del rey Tahló y dijo:
— Denat partió del campamento hace unas diez horas.
Tahló aplacó los murmullos. Dijo solemne:
—Esta actitud condena al rey Denat, caballeros. Creo que no puede existir mejor prueba para demostrarnos que ha estado traicionándonos.
Uno de los reyes tomó su puñal y lo clavó en la mesa de un golpe.
— Denat debe ser proscrito. Quien le encuentre puede darle muerte. Así es la ley de la alianza que juramos formar y que en estos momentos queda rota. Valtur ha demostrado que es inocente de las acusaciones que sobre él caían.
Eríc se incorporó.
—Propongo que esta alianza no sea rota, sino reforzada.
—Explíquese, señor Sushman — rogó Tahló indicándole que se sentase. Había tenido que convencer a cada uno de los reyes allí reunidos para que admitiesen a Eric en la asamblea.
Namía rozó levemente la mano del hombre de la fortaleza de Magnusson, tratando de infundirle confianza.
—Si Denat ha traicionado y engañado a sus compañeros de alianza es porque sigue los pasos de un plan perfectamente pensado. Estoy seguro que Denat no es el cerebro gris de la maquinación contra los reinos de Altavar. Simplemente, es un servidor que confía en obtener grandes ventajas, pero no todas.
—¿Piensa que Denat obedece a alguien? —preguntó secamente Tahló—. ¿Es que aún queda en su mente el nombre de otro traidor entre nosotros?
—No. Estoy seguro que no está entre los reyes.
—¿Dónde entonces?
—En Valtur, señores. Lamentablemente, en algo tenían razón al pensar que desde Valtur partía el peligro.
Un estallido de murmullos estalló en la tienda. La mano de Namía, preocupada, oprimió con más fuerza el brazo de Eric.

—Pero se trata de un solo hombre ayudado por algunos malvados, como pueden existir en todo reino por noble que éste se proclame.
—Queremos el nombre —pidió Tahló.
— Lo diré. Se trata de un hombre perverso, que durante muchos años ha estado planeando algo mucho más ambicioso que apoderarse de un solo planeta. Altavar sólo iba a servirle de cabeza de puente. Mi padre le conoció bien y me confió antes de morir que debía recelar del hombre por culpa del cual todas mis gentes fueron condenadas a ser mercenarios. Mi padre me pidió que le buscase e impidiese que culminara sus planes, al igual que hizo con sus compañeros de armas cuando fueron licenciados por la Superioridad. Todos los señores de la guerra de los mundos libres saben el nombre de ese terrestre y siempre han rogado a los dioses poderle poner las manos encima. Ese hombre, señores, se llamaba...
El enorme griterío procedente del exterior hizo callar a Eric. Se escucharon órdenes, maldiciones y relinchos de caballos.
Unos soldados penetraron en la tienda, precediendo a dos hombres sucios y agotados por una larga cabalgada.
El oficial de guardia se excusó ante Tahló:
—Perdón, señor. Pero estos hombres han llegado tumultuosamente a nuestro campamento. Primero estuvieron en el de Valtur. Dicen ser mercenarios a las órdenes del señor Sushman y traer noticias graves...
Eric reconoció a dos de sus oficiales. Se levantó tirando la silla y se dirigió hacia ellos. Tahló hizo una indicación a los soldados de la guardia para que se retirasen.
—Nos dijeron que estabas aquí, señor —dijo uno de los mercenarios jadeante. Parecía a punto de caer al suelo agotado—. Nos envía Etius con malas nuevas.
—Habla de una condenada vez —le espetó Eric, tomándole por los hombros.
—Apenas te marchaste cuando el conde Malgor llegó al lugar donde estábamos instalados. Dijo a Etius que debía tomar posiciones porque sospechaba que algo se estaba tramando en la ciudad. Etius no se fió mucho de él, pero introdujo un puñado de los nuestros en la ciudad disfrazados de campesinos o comerciantes. Se dedicaron a vigilar y escuchar. Cuando parecía que todo había sido una falsa alarma, esta mañana empezó a suceder algo extraño.
»Los centinelas de las murallas aparecieron muertos y varias de las entradas abiertas. Nuestros compañeros entonces corrieron a vigilarlas. Apenas tuvieron tiempo de impedir que hordas de seres horrorosos las franquearan. Murieron muchos, pero permitieron que los soldados de la guarnición pudieran llegar en su ayuda.
»Eran demonios los que atacaban, señor. Tenían cuerpos semejantes

a los humanos, pero su piel oscura, arrugada, corpulentos y de piernas cortas y delgadas, con sus cabezas horrendas, de cuyas bocas enormes salían gritos infrahumanos, infundían pavor. Al final se consiguió rechazarlos y se envió aviso a Etius para comunicarle lo que estaba pasando. Etius no lo dudó un segundo y ordenó a las tropas que tú dejaste a su mando que penetrasen en la ciudad. Entonces apareció el mariscal Tarlot tratando de impedir la entrada de los mercenarios. Algunos hombres de su guardia personal le acompañaban e intentaban desorientar a los soldados de la guardia real. Gracias a que el conde Malgor intervino con sus huestes y nosotros pudimos entrar para reforzar los puntos defendidos por nuestros ya exhaustos compañeros.
»El primer ataque había sido rechazado, pero por las llanuras llegaban miles de aquellos seres horrendos que Etius dijo que son mits. Los veinte mil hombres acampados cerca de la ciudad, al mando de Etius, pudieron entrar en la ciudad, se cerraron las puertas y las murallas se poblaron de defensores.
El oficial aspiró el aire que parecía llegar dificultosamente a sus pulmones. Con la mirada, Eric, impaciente, le instó a que siguiera con la exposición de los hechos.
— Etius me confió que veía la cosa muy mal. Las murallas eran demasiado extensas para ser defendidas con tan pocos hombres como había en comparación. A tres compañeros y a mí nos rogó que acudiésemos en tu busca solicitando tu regreso inmediato.
—¿Cómo dejaste la situación?
—Muy mal, señor. Había traidores dentro de la ciudad y una de las puertas fue abierta. Entraron mits por cientos, miles. Etius tuvo que enviar hombres de las murallas para formar unas líneas defensivas que pararan aquella avalancha mientras se organizaban unas líneas entre las casas. Estuvieron luchando más de una hora a cuerpo limpio hasta que los ciudadanos y soldados lograron bloquear las calles. De los que estuvieron conteniendo la entrada de los mits apenas pudieron regresar la mitad. Esos demonios luchan como fieras. Se les hiere y siguen luchando, hasta que la vida se les escapa por diez o cien heridas. Entonces, cuando caen, desaparecen ante nuestras miradas atónitas a los pocos segundos. Cuando salimos las improvisadas defensas seguían resistiendo, pero me temo que no puedan hacerla por mucho tiempo. Un buen número de defensores tienen que seguir en las murallas porque los mits atacan desde veinte puntos a la vez. Y los nuestros caen por docenas en las barricadas. El enemigo sabe que por allí puede conquistar la ciudad y envía contingentes sin cesar. ¡Tienes que ir a la capital cuanto antes, señor! .
Lentamente, Eric se volvió hacia el grupo de reyes que en silencio había escuchado al oficial mercenario. —Ya saben el nombre del

traidor. Hace años se hacía llamar Norton Mash. Ahora es el mariscal Tarlot.
Señores, voy a ordenar a mis tropas que levanten el campamento. Iremos a marchas forzadas hacia Burgtar. Aunque destrocemos nuestras monturas quiero estar allí al atardecer de mañana. Ojala los nuestros sigan resistiendo.
—Nunca me gustó Tarlot —escupió Tahló —. Siempre le supuse un intrigante. Es un extranjero.
—Tarlot ha descubierto su juego. Denat le avisó esta mañana. Sabía que por Denat le descubriríamos a él también y decidió jugárselo el todo por el todo. Sabe que tiene los mayores triunfos en sus manos... si nosotros se lo permitimos. No puedo obligaros, pero por eso antes os quise decir que la alianza no debe ser rota. Aunque Valtur no sea algo vuestro, tened presente que después de ese reino seguirán los demás, hasta que Altavar esté dominado por miles o millones de mits. Tarlot quiere una cabeza de puente por la que invadir la Galaxia al mando de los mits.
— Yo seguiré con mi ejército al señor Sushman — dijo Tahló.
Los demás reyes le corearon estentóreamente. Mientras salían todos en tropel para impartir órdenes a sus respectivos oficiales, Eric se enfrentó de nuevo al mensajero:
—¿Qué hizo Tarlot después que Etius consiguiera introducir en la ciudad a sus tropas?
El mensajero se encogió de hombros.
—No lo sé, señor. Nadie volvió a verle. El general Yangor murió al frente de los hombres que le defendieron cuando Etius ordenó que fuera apresado. Creo que huyó en la confusión de aquellos momentos.
Eric apretó los puños.
—Si los dioses lo permiten pronto le tendré delante de mi espada. Un miserable como él no merece morir pronto.
En seguida despachó a Lemer a su campamento para que sonase el toque de combate. Dijo que quería partir antes de una hora. Cabalgarían toda la noche si fuera preciso. Eric añadió que si no podían impedir la caída de la ciudad, todo Altavar estaría perdido.
—¿Cómo pudo avisar Denat tan pronto a Tarlot? —preguntó Ed Maple —. Si desapareció hacia díez horas, apenas hacía pocas que el ataque había comenzado.
Eric tuvo que sonreír.
—Te has adaptado pronto a las luchas de los mundos de la realeza, amigo. Ya has olvidado los transmisores, algo que está al alcance de vosotros en la Tierra todos los días. Aquí no se conocen porque no existe energía radiante constante. Pero sí es posible la comunicación a distancia por medio de aparatos importados desde los planetas

civilizados burlando las prohibiciones de la Superioridad. Tarlot y Denat estaban siempre en contacto. Por eso Denat sabía que yo traía la cabeza del mit en un saco de piel. Tarlot le ordenó destrozar la prueba. Cuando supo que no había podido hacerlo y que los reyes no combatirían contra Valtur, él hizo que los mits atacasen en masa. Debe confiar en tomar la ciudad antes de que nosotros lleguemos. Pero ignora la capacidad de lucha de los mercenarios. Por eso dejé cerca de Burgtar a Etius y la mitad de mis fuerzas.

—Y pensar que estuve a punto de acceder a casarme con él... —murmuró Namía abrazando a Eric.

—¿De veras? No me ha gustado saberlo —sonrió.

— Eso fue antes de conocerte, tonto.

—Me lo imaginaba.

Ed se rascó la cabeza, pensativo.

—Lo que no comprendo es donde se escondían esos mits. Dicen que son miles los atacantes y a cada momento llegan más. ¿De dónde? ¿Cuál había sido hasta entonces su escondite y cómo los valturianos nunca descubrieron un campamento que por fuerza debía ser enorme?

—Buenas preguntas, muchacho. Confío en dar te pronto las respuestas. Por el momento piensa que nunca estuvieron tantos en Altavar. Tarlot los traía a medida que los necesitaba.

—¿Traía? ¿De dónde?

Saliendo de la tienda, con Namía agarrada de una mano, Eric respondió:

—De los planetas mits, por supuesto. Desde ese lugar desconocido donde fueron enviados.

* * *

Burgtar estaba levantada en una extensa llanura rodeada de suaves colinas. Desde ellas, donde el gran ejército combinado de los reyes aliados y los mercenarios de Eric además del destacamento de valturianos mandados por el coronel Lemer, se había situado, el Señor Espacial rodeado de los monarcas estudió con marcado nerviosismo la situación de la ciudad situada a unos cinco kilómetros.

El sol hacía cuatro horas que había surgido por el horizonte. Eric miró preocupado a sus agotados soldados, y a sus sudorosos, y a punto de reventar, caballos. Habían caminado, cabalgado y ascendido por terrenos abruptos durante once largas horas, tomando caminos malos, pero que les hacían ganar tiempo. Dos días tardaron en avanzar lentamente hacia Zetullia, pero aquel tiempo había quedado en casi la cuarta parte tras la forzada marcha.

Los rastreadores habían estado volviendo desde hacía unos minutos, aportando informes. Eric y los monarcas escuchaban y meditaban

mientras hombres y caballos se tomaban un corto descanso. En total apenas tendrían dos horas para reponer un poco de fuerzas. Era lo mínimo, pero insuficiente, que habían acordado dar.
Abajo, la ciudad seguía resistiendo. La penetración de los mits había seguido avanzando lentamente en el interior de la ciudad. Al parecer Etius había ordenado destruir una serie de casas detrás de ellos para formar una segunda línea de contención, que era en donde ahora se estaban defendiendo. En unos veinticuatro puntos distintos de las murallas, los mits también atacaban, de forma suicida, pero con el único propósito de distraer tropas valturianos y mercenarios de las barricadas.
—No podrán aguantar mucho —dijo Eric—. Llevan combatiendo mucho tiempo sin cesar. Los mits son inagotables y no parecen tener fin. Tenemos que reforzar las defensas interiores y atacar los grupos que distraen tantos hombres en las murallas. Haremos una limpieza en el exterior. De eso nos encargaremos nosotros, los mercenarios, y diez mil jinetes aliados. Los demás deben penetrar en la ciudad por las puertas más cercanas y correr a la zona donde los mits irrumpen en la ciudad.
—Tu plan parece bueno, Eric Sushman —dijo Tahló—. Pero si todo sigue como hasta ahora, volveremos a estar en la misma situación. La guarnición aumenta, pero seguiremos estando presos dentro si las oleadas de mits siguen acudiendo al mismo ritmo. Por cada defensor que muere caen al menos cinco o seis mits, ya que éstos no tienen otras armas que sus grandes cimitarras, mientras que casi todos tus hombres y muchos valturianos disponen de láser o armas de ignición. ¿No te parece que caeremos en la trampa que parece estar preparada para nosotros?
Eric asintió.
—Estoy de acuerdo contigo, rey Tahló. Pero no tenemos otra alternativa. Yo con mis hombres barreremos los grupos que intentan el asalto por la muralla y que sólo hacen, en realidad, distraer defensores del interior de la ciudad. Pero no es ésa mi total intención. Apenas nos hayamos alejado unos veinte kilómetros hacia el este, Namía me ha dicho que existen numerosas cuadras del ejército real de Valtur. Allí cambiaremos caballos y seguiremos hasta donde parecen surgir del mismo infierno esos mits.
—¿Qué lugar es ése?
Eric sonrió tristemente.
—El que debí visitar antes que nada al llegar a Valtur si no hubiera sido tan estúpido, amigos. De allí salen a miles los mits. Si cortamos el foco, en pocas horas podemos vencer. De lo contrario...
—Aún no me has concretado el lugar, Sushman.
—El castillo del mariscal Tarlot. Según la princesa, apenas hubo

ocupado el cargo del Estado Mayor adquirió una propiedad solitaria al este en donde permaneció muchas horas. Es un viejo castillo que Tarlot restauró. Creo que en poco más de dos horas llegaré allí. Si logro vencer, tened la seguridad, caballeros, que la victoria será nuestra. Ahora os pido que tengáis confianza en mí. Cuidad a la princesa en mi ausencia.
Los reyes se miraron los unos a los otros. No hablaron, pero se interrogaron con los ojos. Al final, Tahló dijo:
—De acuerdo. Estás demostrando, mercenario, que eres un profundo conocedor de la guerra.
Eríc volvió la cabeza. Asperamente, dijo: — Es el oficio al que me condenaron.

CAPÍTULO IX

Los diez mil mercenarios y doce mil guerreros aliados, al mando de Eríc y Lemer respectivamente, se lanzaron a una carga vertiginosa contra las agrupaciones míts que por medio de las máquinas de asalto intentaban alcanzar las murallas. El ataque sorpresivo constituyó un éxito. Las primeras líneas se precipitaron contra los mits disparando sus láser y armas ígneas. De no desintegrarse, los mits muertos habrían dejado una larga estela de cadáveres.
Durante media hora recorrieron las partes norte y sur de las murallas. Los contingentes enemigos no eran muy numerosos, pese a sumar varios miles los que insistían en la maniobra de distracción.
Mientras tanto, el resto del ejército penetraba en la ciudad por las puertas que los defensores se apresuraron a abrirles después que la furiosa pasada de los mercenarios y aliados desalojaran de atacantes aquellos lugares.
Eric hizo un ademán a las columnas que corrían veloces al interior del recinto amurallado. Había creído ver a Namía conducir su caballo, rodeada de un pelotón de su guardia personal.
El Señor Espacial hizo que sonaran los clarines, ordenando que sus tropas se reagrupasen. Los mits volverían a los puntos que habían estado atacando sus compañeros cuando notasen que éstos habían sído aniquilados.
Ahora ellos deberían alejarse lo suficiente de la ciudad cercada y seguir avanzando hacia el este.
En algunos lugares cercanos a las murallas seguían luchando pequeños grupos de mercenarios y aliados contra reducidos focos de resistencia de míts acorralados. Cuando resultaba peligroso el uso de las armas, los humanos desenfundaban sus largas espadas y terminaban de rematar la obra emprendida con la carga inicial.
Eric esperó impaciente que los jinetes se reagrupasen. Apenas habían

tenido bajas. El ataque había sido tan de sorpresa y los mits tan ofuscados en el asalto a los muros que cuando se dieron cuenta los humanos estaban pasando sobre ellos.
Ardían varias máquinas de asalto y otras eran derribadas después de atar unas cuerdas y jalar docenas de caballos al unísono.
Ed se reunió con Eric y éste le dirigió una mirada aprobadora. Durante la carga le había perdido de vista, pero luego le observó disparar con magnífica puntería su láser. Cuando no hubo otra alternativa, Ed tomó la espada y con ella despachó varios mits. El joven sonreía, orgulloso de haber superado lo que para él suponía una determinante prueba.
—¿Todo bien? —le preguntó Eric sonriente. Ed asintió sin poder disimular su contento.
—¿Cuándo seguiremos la marcha?
—Los hombres están terminando de reagruparse. Pronto.
— Eric, hay algo que no comprendo.
El Señor Espacial le interrogó con la mirada, alentándole a que preguntase.
—Los mits que combatieron a la Superioridad gozaban de una técnica semejante a la terrestre. No comprendo ahora cómo únicamente se valen de esas grandes cimitarras para combatir. Es absurdo.
—En los planetas de la Superioridad dejó Mit tan mal recuerdo que apenas sus habitantes han tenido acceso a libros e informes acerca de esa raza. Todo el mundo parece querer olvidar rápido ese triste episodio. Los mits, Ed, incluso en sus mundos, para los suyos, eran crueles. Tenían divididos sus planetas en dos castas, los técnicos y los agrícolas. De los primeros tomaban los mandos y de los segundos la carne de cañón.
»Los mercenarios destruyeron los primeros, mientras que los mundos agrícolas, poblados de mits ignorantes porque así les convenía a sus superiores, fueron transportados a una dimensión desconocida. Esos contra los que luchamos proceden de allí. No quiero decir que sean unos salvajes, sino que quedaron aislados, carentes de industrias. A todo lo más que han podido llegar es a fabricarse esas cimitarras —torció el gesto y añadió—: Pero no creas que seguirían así si nos vencieran. Los mits necesitan tener acceso a las fuentes de materias primas para poder disponer de un nivel alto de civilización. En sus mundos agrícolas sólo podían cultivar la tierra y esperar a ser llamados a filas. Altavar es un planeta muy rico en toda clase de minerales. Tal vez confían en desarrollar aquí las industrias que en sus mundos de origen nunca podrían construir. Además, contarían con millones de esclavos humanos en los primeros años Luego..., luego es posible que se deshiciesen de ellos, cuando no los necesitasen.
Ed se estremeció. Eric debía tener razón. Ahora todo empezaba a

encajar perfectamente.
Los mercenarios y aliados terminaron de reagruparse y avanzaron algunos kilómetros hacia el sur, alejándose de la ciudad. Cuando la perdieron de vista, un jinete procedente de la retaguardia informó a Eric que los mits volvían a atacar las murallas de donde momentos antes fueron desalojados.
A Eric le hubiera gustado saber como estaban las cosas en el interior de la ciudad, en las barricadas que contenían el suicida avance de los mits. Pero no había forma de enterarse. Tenían que seguir adelante y procurar contener cuanto antes aquel aluvión de seres armados de cimitarras que acudían por millares a la ciudad.
Durante dos horas siguieron avanzando por las llanuras. Los oteadores daban sus informes a cada momento. Ni rastro de mits. Parecía que todos acudían ciegamente a la ciudad sitiada. En los campos se encontraron con caravanas de fugitivos que huían de las aldeas cercanas temiendo que las hordas mits cayesen sobre ellos de un momento a otro.
Lemer cabalgaba al lado de Eric indicando el camino que debían seguir para llegar hasta el castillo de Tarlot. El terreno era abrupto y la marcha no podía llevarse a cabo con celeridad.
Se detuvieron un momento y sobre el polvo, Lemer dibujó un tosco plano de los alrededores del castillo. La residencia del mariscal estaba rodeada de frondosos bosques, que llegaban hasta unos quinientos metros de la construcción. Había un amplio camino que partía del castillo y se dirigía hacia el oeste, en dirección a la capital del reino.
—Tarlot nunca invitó a nadie a su castillo. Desde que lo adquirió, prohibió el paso a toda persona que no quisiera él —concluyó Lemer, después de opinar que creía que todo el ejército podía acercarse fácilmente hasta el castillo atravesando los bosques, si se mantenían bastante apartados del camino a Burgtar.
Eric asintió. Borró el plano con el pie y se dirigió a su cabalgadura. Montó de un salto y dijo:
—Creo que hemos tenido la suerte que Tarlot no pueda poner en Altavar mayor número de mits por hora de los que él desearía en estos momentos —sonrió enigmáticamente.
Cuando Ed fue a preguntarle qué quería decir, Eric ya había espoleado su caballo y partía raudo, seguido por Lemer para ponerse al frente de la columna que seguía avanzando hacia el este.
Pronto penetraron en los frondosos bosques a que Lemer se había referido antes. Allí el avance se hizo aún más lento, e incluso tuvieron que desmontar para evitar tener que ir siempre agachados en sus cabalgaduras.
Lemer hizo un gesto de silencio y a la vez para que todos se detuvieran. Dijo que unos treinta o cuarenta metros más adelante

terminaba el bosque, que antiguamente llegaba hasta casi los muros del castillo y Tarlot ordenó talar para tener despejado el terreno circundante a su cubil.
Los oficiales fueron transmitiendo la orden de parada, recomendando silencio.
Eric, Lemer y Ed, seguidos de varios mercenarios, después de dejar sus caballos, anduvieron sigilosamente hasta el borde del bosque. Ocultos entre la maleza, miraron hacia el castillo que se levantaba a unos quinientos metros.
Estaban cerca de la salida principal de la construcción, donde empezaba el camino que conducía a la capital del reino. Todos contuvieron la respiración y sólo Eric se permitió el gesto de sonreír, tal vez complacido al comprobar que sus deducciones no estaban equivocadas.
Del portalón principal salían interminables contingentes de mits, con sus cimitarras relucientes al sol. Marchaban de cuatro en fondo a paso ligero hacia el oeste. Iban en silencio, con las miradas al frente, como si estuvieran ansiosos de entrar en combate a pesar de que aún tenían que recorrer una larga distancia a pie que les supondría más de cuatro horas.
— Dios mío —gimió Ed con los ojos desmesuradamente abiertos—. Esto parece imposible. ¿De dónde salen estos demonios? Es imposible que en el castillo hayan cabido tantos... ¡Y no parecen terminar de salir!
—No están abandonando el castillo de Tarlot, Ed, sino su propio planeta. Y un planeta habitado por miles de millones de mits no se vacía fácilmente —dijo Eric acentuando el fruncimiento de su ceño.
—Pero es...
—Norton Mash, como se llamaba entonces Tarlot, sacó buen provecho a la misión que le confió la Superioridad de conducir a la Tierra al científico que había enviado en un segundo los mundos agrícolas mits a otra dimensión. En realidad lo que pasó fue que el sistema solar que los albergaba fue remitido a otra Galaxia que nadie conocía. Era la parte positiva de aquel arma. Pero Tarlot se apoderó de la máquina y luego simuló que la nave que se dirigía a la Tierra sufrió un accidente. Mató al inventor después de sacarle a la fuerza su secreto.
—Entonces... Dentro del castillo está esa arma que se suponía perdida para siempre —musitó Ed.
—Efectivamente. Ahora Tarlot la ha puesto en reserva, instalando una conexión con los mits que va por el subespacio desde Altavar hasta algún mundo de esos monstruos. En apenas un segundo está trasladando esos contingentes con los que nos enfrentamos. Pero estamos perdiendo el tiempo. Cada minuto que pasa hay cien mits

más en este planeta.
—¿Qué vamos a hacer?
—Muy sencillo; cerrar la condenada puerta por la que penetran —dijo Eric, levantándose.
En palabras sencillas expuso su plan, muy simple.
Luego preguntó a Lemer y los demás oficiales aliados y mercenarios si ellos podían mejorarlo o tenían otra idea completamente distinta pero más eficaz.
Nadie habló y Eric dijo que debían atacar inmediatamente.

* * *

Tarlot llevaba dos días sin apenas dormir. Las ojeras eran muy pronunciadas, acentuando la palidez de su rostro. Con la copa de vino en la mano se acercó a la ventana de la torre. Acababa de subir del sótano. Desde allí veía tanto el patio de armas como el camino que conducía a Burgtar. Los mits seguían saliendo de la entrada por la que descendía la escalera hasta el sótano, cruzaban el patio apresuradamente, bajo la mirada de los guerreros pertenecientes a su guardia pensonal, franqueaban el alto arco de la entrada principal y enfilaban el polvoriento camino hacia el oeste.
Nadie tenía que indicarles el camino. Una vez que el primer mit llegó hasta la ciudad conducido por uno de sus hombres, Tarlot no tuvo que preocuparse de nada más. Los siguientes mits que salían del castillo sólo tenían que ir tras los pasos del que iba delante. Todos aquellos deformes seres sabían que iban a luchar, a conquistar un planeta del que podrían extraer las riquezas que permitirían a la vieja raza recuperar el esplendor que les fue arrebatado por la derrota sufrida a manos de la Superioridad. Sabían, eran conscientes, que iban a morir por miles en aquella lucha por el dominio del planeta al que eran trasladados desde sus lejanos planetas cuya posición nadie, ni ellos mismos, sabían después de ser violentamente enviados a una galaxia que nunca supieron ni siquiera que existía.
Los mits formaban un ente de un solo pensamiento.
Todos sabían que aquélla era su única oportunidad de poder tomar venganza contra la Tierra. Habían aceptado la alianza de aquel humano que un día llegó a sus planetas viajando por medio del mismo aparato que les lanzó a un lugar ignoto del Universo. El llamado Tarlot les prometió un nuevo imperio si le ayudaban a él a formarse otro. Les permitiría acabar con la Tierra, pero él exigía el dominio de los restantes planetas que formaban la Superioridad. Los mits podrían quedarse con cuantos mundos libres o de la realeza pudieran conquistar.
Por todo eso salían del sótano, ansiosos por entrar en lucha. Parpadeaban un instante al brillante sol, pero en seguida aligeraban el

paso y se unían a la larguísima columna.
Tarlot bebió el vino y dejó caer la copa al suelo. Estaba fatigado. Sacó unos comprimidos que se tragó. Aquello le reactivaría por unas horas más, pero luego tendría que descansar mucho si no quería verse en una grave situación física.
Se volvió ligeramente y dirigió una mirada de reproche a la figura que dormía profundamente en el camastro del fondo de la habitación.
Denat dormía y Tarlot le maldijo mentalmente. Aquel cretino le había fallado, eligiendo para demostrar su estupidez el momento más importante de todos. Cuando debía destruir la prueba que llevaba el Señor Espacial, cayó en el engaño que éste le había preparado. Se puso en evidencia y tuvo que huir después de comunicarle por transmisión impulsada por rayo láser que ya no tenía ningún poder en el Consejo de los Reyes.
Al saber lo ocurrido, Tarlot decidió actuar. Envió las órdenes a su castillo para que la invasión mit comenzase. Su plan inicial había sido cambiado ya varias veces. La llegada de los mercenarios le puso fuera de sí. Había querido evitar tanta matanza casándose con Namía y así proporcionar con más libertad la entrada de los mits, que entonces sólo hubieran atacado las naciones vecinas cuando éstas soliviantadas por los ataques cometidos por los mits y alentadas por las intrigas de Denat, se hubieran aliado con Valtur.
Se encogió de hombros. Le daba igual. La victoria estaba cerca. En la ciudad no podrían resistir mucho tiempo. Tampoco la segura llegada de los mercenarios al mando de Eric, al que seguramente se le unirían las fuerzas de los demás reyes, tenían nada que hacer. Los mits pronto les superarían en número. Atacaban sin dar descanso y los defensores debían estar ya al borde del agotamiento. Aunque recibiesen fuerzas de refresco éstas estarían pronto cansadas.
De un puntapié despertó a Denat que, sobresaltado, se sentó en el borde de la cama, mirando a todas partes con ojos asustados.
—Tráeme al viejo —le espetó Tarlot llenándose otra copa de vino—. Quiero que desde esta ventana vea lo que acabará con su reino. Quise hacerlo todo delicadamente, pero me han obligado a usar la fuerza. Morirán cien veces más personas que en mi plan original tenía previsto. Y ese idiota será el culpable por haberse echado atrás cuando menos lo esperaba yo.
Protestando, Denat salió de la estancia y comenzó a bajar los escalones en forma de caracol.
Cuando Tarlot volvió a aproximarse a la ventana, el vino que contenía la copa cayó sobre él al ir a beberlo.
Del bosque próximo surgían miles de jinetes, cabalgando contra las hileras de mits que salían del castillo.
Cuando pudo salir de la sorpresa e intentar dar las órdenes para que

el portalón fuese elevado, los primeros contingentes de guerreros, disparando y lanzando mandobles, penetraron en el patio de armas, arrollando con su ímpetu a los mits que allí, formados de cuatro en fondo, como habían sido instruidos, intentaban ganar la salida ahora bloqueada por los mercenarios y guerreros aliados.

CAPÍTULO X

Solamente cinco mil jinetes, la mayor parte de ellos mercenarios, se precipitaron contra las filas mits y penetraron en el castillo. El resto formó una densa barrera delante de la entrada.

Cuando los mits que se alejaban se percataron de lo que sucedía a sus espaldas, se encontraron con una cortina de fuego y haces de luz mortales. Pero a pesar de todo empezaron a regresar, gritando a sus compañeros que seguían avanzando hacia el oeste lo que sucedía.

Eric disparó contra los guardianes humanos del castillo, impidiendo que el portalón fuese alzado. Sus hombres se desparramaban por todas partes, entraban en cada puerta que veían y remataban a los sorprendidos miembros de la guardia personal de Tarlot.

El Señor Espacial gritó fuertemente para hacerse oír en medio de la algarabía. Ordenó que los contingentes libres de combate se dirigieran hacia aquella salida situada en el fondo del patio de donde docenas de mits seguían apareciendo.

Eric descabalgó. Echó un vistazo atrás, a través de la entrada del castillo, hacia las filas compuestas por cerca de veinte mil hombres que contenían las oleadas mits que retornaban precipitadamente. Aquello no iba a ser fácil, pero pensó que dentro de un par de horas la arribada a las cercanías de Burgtar quedaría rota si ellos lograban taponar aquella condenada salida de monstruos.

Se situó al frente de los hombres que espada en mano arremetían contra los mits que pugnaban por salir al exterior procedentes de aquello que parecía ser el sótano del castillo.

Enfundó la pistola y tomó la espada, manejando con la otra mano diestramente el pequeño escudo sobre el que se estrellaban los violentos golpes de las cimitarras.

Estaban consiguiendo avanzar, descendiendo por una ancha escalera de piedra. El interior estaba pobremente alumbrado por hachones sujetos a la pared. Eric veía caer a sus hombres, sangrantes. Los mits combatían furiosamente, sabedores que se jugaban demasiado en aquella empresa.

Dejando atrás un reguero de cadáveres humanos, y viendo a través de una neblina de sangre cómo los mits muertos se convertían en nada apenas eran atrayesados por las armas, Eric gritaba alentando a sus hombres. A su lado descendía un pelotón de valturianos.

Luchaban bravamente. A ellos les importaba más que a nadie la lucha, pero aquel valor les cegaba y resultaba fatal. Los mits retrocedían matando a muchos de ellos.
Pero al final alcanzaron el último escalón.
Eric echó un vistazo rápido al lugar donde se hallaban.
Era una cámara amplia, de alto techo sostenido por amplias arcadas. Todo él estaba rodeado por unos pasos elevados que debían conducir a otras dependencias del castillo.
Pero lo que atrajo más su atención fue el aparato situado en el centro de la estancia. Debía medir aquel cubo metálico unos diez metros por tres de alto, y tal vez otros tantos de profundidad. Destacaba en él la gran puerta situada en su parte frontal. Lo que estaba al otro lado parecía brillar en un fuego frío blanco.
Era la puerta que comunicaba dos mundos. De la luz salían mits sin cesar.
Eric miró hacia atrás. Los guerreros seguían bajando por la escalera, pero se preguntó cómo podría parar aquella salida constante de mits. Ellos no podían luchar eternamente, impidiéndoles salir a la superficie.
A empujones se abrió paso entre los guerreros que se incorporaban a la lucha. Gritó a sus oficiales que siguieran luchando, que iba a intentar parar aquella avalancha de carne y cimitarras.
Eric ascendió por una de las escaleras que conducían al pasillo elevado, Cuando llegó allí miró hacia abajo. Descubrió las conducciones que alimentaban de energía el cubo. El reactor que la suministraba debía estar enterrado bajo algunos metros de tierra, cubierto de densa capa de plomo.
Pero las gruesas tuberías que surgían de la tierra y conectaban con el cubo eran un buen blanco. Por allí sólo pasaba energía eléctrica y no debía temer a ninguna emanación de radiaciones.
Lentamente sacó la pistola y apuntó con cuidado hacia los tubos. Cuando su dedo estaba empezando a oprimir el disparador, una tonante voz a su derecha le hizo detener.
— Quieto, señor de Magnusson.
Se volvió y miró hacia donde procedía la voz.
A unos veinte metros a su derecha, sobre el borde del pasadizo elevado, estaban Tarlot y Denat. Entre ambos sujetaban a un hombre de edad madura, que ofrecía un aspecto sucio y desaliñado. A pesar de no haberle visto nunca, supo que se trataba de Ielt n, el padre de su amada Namía.
—Si oprimes ese gatillo clavaré hasta la empuñadura este cuchillo en el viejo corazón de Ielt —añadió Tarlot, haciendo volver al prisionero y mostrándole el acero con que oprimíale la espalda.
Eric sintió la garganta seca. Aquellos dos traidores no tenían ningún láser o pistola ígnea. De haber dispuesto de alguna de ellas le habrían

abatido tranquilamente, sin verse en la necesidad de conminarle con matar a Ielt.
—Destruya ese horror, señor—le gritó el rey Ielt.
En seguida Denat le golpeó, pero siguió hablando —: Mi vida no vale nada. Yo fui engañado con las promesas de Tarlot. Me prometió poder y riquezas si aceptaba sus planes. Pero no me figuré que fuera capaz de hacer volver a los mits para enfrentarlos a los humanos. Cuando me negué a seguir apoyándole y destituirle de su cargo, me secuestró. ¡Dispare!
—Hágalo, Eric —rió Tarlot—. Y perderá el amor de Namía. Sé que sostuvieron un idilio la noche que pernoctó en palacio. Le propongo que se una a nosotros y comparta la gloria que nos espera.
Eric volvió a alzar la mano, dirigiendo el cañón del láser hacia los conductos de energía. Pero su dedo se resistia a apretar el gatillo. Sabía que no debía dudar, que era la vida de Ielt contra la de los cientos de millones de seres que componían los reinos de Altavar. Pero la idea de ser el causante indirecto de la muerte del padre de Namía le forzaba a intentar buscar una salida que no implicara la muerte de Ielt a manos de Tarlot.
—¿Por qué duda? —aulló el rey—. ¿Es que va a aliarse con esta carroña de ser humano?
El rey se debatió entre las manos que le sostenían.
Se lanzó al vacío desde una altura de veinte metros, arrastrando en la caída a Denat, que gritó con sonido infrahumano.
Al tiempo que los dos golpes sonaban siniestramente en el pavimento, Eric disparó. Los cables quedaron sueltos, chisporrotearon y la luz que surgía del interior del cubo desapareció, a la vez que de allí dejaban de salir mits.
Escuchó un lamento penetrante a su derecha. No se había vuelto aún cuando sintió un fuego por la espalda cortarle la carne. Soportando el dolor se giró.
Tarlot le había lanzado con certera puntería el cuchillo con que amenazaba al fallecido rey Ielt.
Mientras doblaba las rodillas a causa del dolor, Eric disparó.
Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue que las piernas de Tarlot quedaban cortadas a la altura de las rodillas por el disparo en abanico que había efectuado.

* * *

Despertó en una de las habitaciones del castillo, sobre una cama. A su lado estaban Lemer y Ed Maple, además de unos veinte oficiales mercenarios y aliados.
—Bienvenido de vuelta a la vida, señor —le dijo el rostro sonriente de Etius.

Eric se incorporó. Estaba desnudo de cintura para arriba. Notó el vendaje alrededor del pecho. Sintió una punzada en el lugar donde había sido herido.
—¿Cuándo? Etius, ¿tú aquí? ¿Cómo es posible que hayas venido tan rápido?
—No tanto, señor —replicó Etius—. Has estado inconsciente más de veinte horas.
— ¿Entonces...?
—Todo ha terminado, señor —añadió Etius—. Cuando los mits dejaron de llegar a la ciudad nos fue fácil acabar con ellos. Comprendimos que habías conseguido atajar la entrada de esos demonios en Altavar y acudimos al castillo. Fue a tiempo, porque casi todos los mits que se hallaban en camino estaban regresando y los soldados que les impedían entrar en el castillo lo estaban pasando mal. Creo que sólo quedan algunas docenas que consiguieron refugiarse en los bosques. Pronto no quedará uno.
—¿Y el rey Ielt?
—Estaba muerto —dijo Lemer—. Cuando te encuentres bien podrás ir a la ciudad. Allí te esperan los reyes para agasajarte y honrarte por todo cuanto has hecho por Altavar.
Eric hizo una mueca.
—No recibe agradecimiento un mercenario, sino su paga.
—¿Por qué dices eso? Te estamos muy agradecidos —protestó Etius —. Traigo un mensaje de la princesa Namía.
— Me lo dirás cuando hayamos partido —masculló Eric.
—¿Es que piensa marchar tan pronto? —preguntó Ed.
—Ya he cumplido con mi trabajo. Ya enviaré la factura por el resto de la paga que se han ganado mis hombres. Ahora quiero saber el número de muertos y heridos...
Lemer se retiró unos pasos, miró a Eric severamente y dijo:
—Creo que debería reconsiderar su postura, señor.
Si se marcha repentinamente, sin pasar antes por la ciudad, causará una gran ofensa a la princesa Namía.
Eric parpadeó.
—No entiendo...
—La princesa, apenas supo de la heroica muerte de su padre por defender la libertad de Valtur y la valiente actuación de Eric Sushman, anunció al alegre pueblo de Burgtar que próximamente ella subirá al trono acompañada del hombre que ha elegido como esposo.
Aquello fue como un golpe bajo para Eric, pero apenas se percató de las insistentes sonrisas de todos cuantos le rodeaban, preguntó vacilante:
—¿Es que la princesa ha dicho que su esposo será...?
—Sí —asintió Lemer—. Valtur tendrá el primer rey no nacido en

Altavar desde hace doscientos años. Saludos, rey Eric I. Toda la ciudad de Burgtar está ansiosa por aclamar a su salvador y nuevo soberano.
Eric se alzó, pidió sus ropas y dijo:
—Un caballo. Iremos ahora mismo a Valtur —volviéndose a Etius, añadió—: Valtur acogerá a todos los hombres de mi mesnada como ciudadanos libres. Dejaremos de ser mercenarios. Ed Maple, espero que tengas suficiente material para escribir un buen libro.
—Varios, señor.
—Vamos, apresurémonos —apremió Eric.
Le ayudaron a vestirse. Olvidó el dolor de la herida, lo olvidó todo.
Tal vez el descanso, la paz, estaba cerca.

FIN